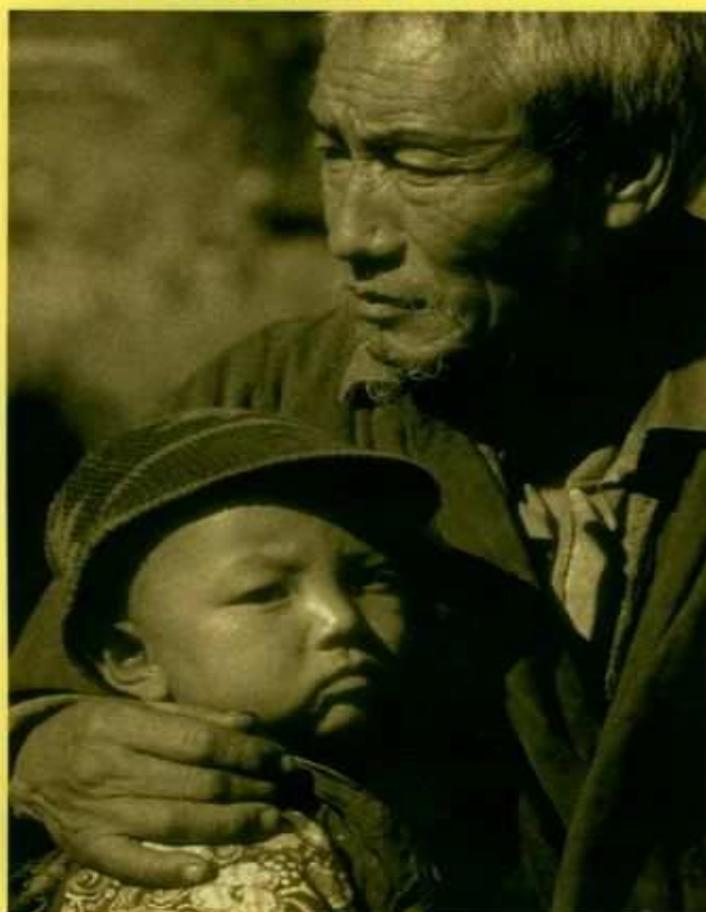


**LA NIETA DEL
SEÑOR LINH
PHILIPPE
CLAUDEL**



narrativa
salamandra

Philippe Claudel

La nieta del señor Linh

Título original: La petite fille de Monsieur Linh

Traducción: José Antonio Soriano Marco

Editorial Salamandra-Narrativas

Barcelona-España

4ta Edición-enero 2007

ISBN: 978-84-9838-003-3

Ilustración de la cubierta: Ric

Ergenbright/CORBIS

Digitalizado por SRP

PORTADA Y CONTRAPORTADA

Una fría mañana de noviembre, tras un penoso viaje en barco, un anciano desembarca en un país que podría ser Francia, donde no conoce a nadie y cuya lengua ignora. El señor Linh huye de una guerra que ha acabado

con su familia y destrozado su aldea. La guerra le ha robado todo menos a su nieta, un bebé llamado Sang Diu, que en su idioma significa «Mañana dulce», una niña tranquila que duerme siempre que el abuelo tararee su nana, la melodía que han cantado durante generaciones las mujeres de la familia. Instalado en un piso de acogida, el señor Linh sólo se preocupa por su nieta, su única razón de existir hasta que conoce al señor Bark, un hombre robusto y afable cuya mujer ha fallecido recientemente. Un afecto espontáneo surge entre estos dos solitarios que hablan distintas lenguas, pero que son capaces de comprenderse en silencio y a través de pequeños gestos. Ambos se encuentran regularmente en un banco del parque hasta que, una mañana, los servicios sociales conducen al señor Linh a un hospicio que no está autorizado a abandonar. El señor Linh consigue, sin embargo, escapar con Sang Diu y adentrarse en la ciudad desconocida, decidido a encontrar a su único amigo. Su coraje y determinación lo conducirán a un inesperado desenlace, profundamente conmovedor.

Tras el enorme éxito de *Almas grises*, Philippe Claudel ha vuelto a causar un gran impacto con esta exquisita fábula sobre el exilio y la soledad, o lo que es lo mismo, la lucha por preservar la identidad. Su estilo narrativo extremadamente depurado, casi minimalista, marca un punto de inflexión en la trayectoria de Claudel, ganador del premio Renaudot 2003. *La nieta del señor*

Linh ha sido recibida con entusiasmo en Francia, donde permanece en las listas de los libros más vendidos desde su aparición. Elogiada unánimemente por la crítica y el público, se han vendido más de 200 mil ejemplares y se publicará en once idiomas.

*a todos los señores Linh de la tierra
y a sus nietas*

para Nohm y Emélia

LA NIETA DEL SEÑOR LINH

Un anciano en la popa de un barco. En los brazos sostiene una maleta ligera y a una criatura, todavía más ligera. El anciano se llama Linh. Es el único que lo sabe, porque el resto de las personas que lo sabían están muertas.

De pie en la cubierta, ve alejarse su país, el país de sus antepasados y sus muertos, mientras la criatura duerme en sus brazos. El país se aleja, se hace infinitamente pequeño, y el señor Linh lo ve desaparecer en el horizonte durante horas, pese al viento que sopla y lo zarandea como a una marioneta.

El viaje dura mucho tiempo. Días y días. Y el anciano pasa todo ese tiempo en la popa del barco, con la mirada puesta en la estela blanca que acaba fundiéndose con el cielo, escrutando la lejanía en busca de la orilla invisible.

Cuando quieren hacerlo entrar en su camarote, se deja llevar sin decir nada, pero poco después vuelven a verlo en la cubierta, con la pequeña maleta de cuero a sus pies, agarrado a la borda con una mano y sujetando al bebé con la otra.

Una correa rodea la maleta para evitar que se abra, como si en su interior hubiera cosas de mucho valor. En realidad sólo contiene ropa usada, una fotografía casi borrada por el sol y un saquito de tela en que el anciano ha metido un puñado de tierra. Eso es todo lo que pudo llevarse. Y al bebé, claro. Es un bebé tranquilo. Una

niña. Cuando el señor Linh subió a bordo con una multitud de gente parecida a él, hombres y mujeres que lo habían perdido todo, que fueron reagrupados a toda prisa y se dejaron conducir, la niña tenía seis semanas.

Seis semanas. Lo mismo que dura el viaje. Así que cuando el barco llegue a su destino la niña tendrá el doble de edad. Y el anciano, la sensación de haber envejecido un siglo.

A veces le susurra una canción, siempre la misma, y la niña abre los ojos, y también la boca. El anciano la mira y ve algo más que el rostro de una recién nacida. Ve paisajes, mañanas luminosas, el lento y apacible paso de los búfalos por los arrozales, las alargadas sombras de los enormes banianos a la entrada de su aldea, la bruma azulada que desciende de las colinas al atardecer, como un chal deslizándose lentamente por unos hombros...

La leche que le da a la niña le rebosa de los labios. El señor Linh todavía no tiene costumbre. Es torpe. Pero la niña no llora. Vuelve a dormirse, y él sigue contemplando el horizonte, la espuma de la estela y la lejanía, en la que hace mucho que no ve nada.

Por fin, un día de noviembre, el barco llega a su destino. Pero el anciano no quiere bajar. Abandonar el barco es como abandonar definitivamente lo que todavía lo une a su tierra. Así que dos mujeres lo acompañan al muelle con gestos suaves, como si se tratara de un enfermo. Hace mucho frío y el cielo está encapotado. El señor Linh aspira el olor del nuevo país. No huele nada.

No hay ningún olor. Es un país sin olor. Aprieta a la niña contra su pecho y le canta al oído la canción. En realidad, también la canta para él, para oír su propia voz y la cadencia de su lengua.

El señor Linh y la niña no están solos. En el muelle hay centenares de personas como ellos. Viejos y jóvenes esperando dócilmente, junto a su escaso equipaje, a que les digan adónde ir y pasando un frío como nunca han pasado. Nadie habla. Son frágiles estatuas de rostro triste que tiritan en absoluto silencio.

Una de las mujeres que lo ha ayudado a bajar del barco vuelve a acercarse a él. Le hace señas de que la siga. El anciano no entiende sus palabras, pero sí sus gestos. Le enseña la niña. Ella lo mira, parece dudar y por fin sonríe. El anciano se pone en marcha y la sigue.

Los padres de la niña eran los hijos del señor Linh. El padre de la niña era su hijo. Murieron durante la guerra que asola el país desde hace años. Una mañana fueron a trabajar a los arrozales, con la niña, y por la noche no volvieron. El anciano corrió a buscarlos. Llegó jadeando al arrozal. Ya no era más que un enorme agujero lleno de lodo, y al lado vio un búfalo despanzurrado, con el yugo partido en dos como una brizna de paja. También vio el cuerpo de su hijo y el de su nuera, y un poco más lejos a la niña, envuelta en sus pañales, con los ojos muy abiertos e ilesa, y a su lado una muñeca, su muñeca, tan grande como ella, pero

decapitada por un trozo de metralla. La niña tenía diez días. Sus padres le habían puesto Sang Diu, que en el idioma del país quiere decir «Mañana dulce». Le habían puesto ese nombre y luego habían muerto. El señor Linh recogió a la niña. Y se fue. Decidió irse para siempre. Por la niña.

Cuando piensa de ese modo en la niña, tiene la sensación de que ella se acurruca todavía más contra su cuerpo. Sujeta con fuerza el asa de la maleta y sigue a la mujer, mientras la lluvia de noviembre resbala por su rostro.

Llegan a un salón donde hace un calor agradable. Hay mesas, sillas... La mujer le indica que se siente. Es un sitio muy grande. Al principio están solos, pero poco después llega toda la gente del barco y se instala allí. Les sirven sopa. El anciano no quiere comer, pero la mujer vuelve a acercarse para hacerle entender que hay que comer. Mira a la niña, que se ha dormido. El anciano ve cómo la mira y se dice que esa mujer tiene razón. Se dice que tiene que comer y reponer fuerzas, si no por él, por la niña.

Nunca olvidará el mudo sabor de aquella primera sopa que toma sin gana, recién desembarcado, pensando en el frío que hace fuera, pensando que lo de fuera no es su país sino un país extranjero y extraño, que siempre lo será por mucho tiempo que pase, por mucho que aumente la distancia entre sus recuerdos y el presente.

La sopa es como el aire de la ciudad que ha inspirado al bajar del barco. No tiene auténtico olor, auténtico sabor. El anciano no reconoce nada en ella. No encuentra el delicioso picor de la hierba limón, la dulzura del cilantro fresco, la suavidad de las tripas cocidas. La sopa entra en su boca y en su cuerpo, y de pronto siente toda la incertidumbre de su nueva vida.

Al llegar la noche, la mujer acompaña al señor Linh y a la niña hasta un dormitorio común. Es un sitio espacioso y limpio. Hay dos familias de refugiados que llevan dos semanas instaladas allí. Ya han cogido costumbre y confianza. Se conocen entre sí, porque son originarios de la misma provincia del sur. Huyeron juntos, y juntos fueron a la deriva en una balsa hasta que los recogió un auténtico barco. Los dos hombres son jóvenes. Uno tiene una mujer; el otro, dos. Los niños, once, son alegres y revoltosos. Todos miran al anciano como a un intruso y a la criatura que lleva en brazos, con ojos asombrados y levemente hostiles. El señor Linh comprende que molesta. No obstante, se esfuerzan en ofrecerle un buen recibimiento, se inclinan ante él, lo llaman «tío» como manda la tradición... los niños quieren coger a la pequeña Sang Diu, pero el anciano les dice que no con voz serena y la estrecha un poco más entre sus brazos. Los niños se encogen de hombros. Las tres mujeres cuchichean entre sí y le vuelven la espalda. Los dos hombres se afeitan en un rincón y luego reanudan su partida de mah-jong.

El anciano mira la cama que le han asignado. Deja a la niña en el suelo con delicadeza, retira el colchón del somier y lo extiende junto a la cama. Acuesta a la niña en el colchón. Luego se echa a su lado vestido, sin soltar el asa de la maleta. Cierra los ojos y se olvida de las dos familias, que se han sentado en corro y se disponen a comer. Cierra los ojos y se duerme pensando en los olores de su país natal.

Pasan los días. El señor Linh no sale del dormitorio común. Dedicar el tiempo a ocuparse de la niña, con gestos tan cuidadosos como torpes. La pequeña no protesta. Nunca llora, nunca se queja. Es como si quisiera ayudar a su abuelo a su manera, aguantándose el llanto y sus imperiosos deseos de criatura. Eso es lo que piensa el anciano. Los niños lo miran y a menudo se burlan de él, pero sin atreverse a hacerlo en voz alta. A veces, cuando ven los líos que se hace al cambiarla o lavarla, las mujeres también se ríen.

-¡Usted no sabe, tío! ¡Déjenos a nosotras! ¡No se la vamos a romper!

Y ríen con más ganas. Los niños también, y todavía más fuerte que sus madres. Pero, una y otra vez, el anciano rechaza su ayuda con un gesto de la cabeza. Los hombres resoplan con cara de pena y reanudan la charla y la partida. Al señor Linh le trae sin cuidado lo que piensen de él. Lo único que le importa es su nieta. Quiere

cuidarla lo mejor posible. A menudo le canta la canción.

La mujer del primer día, a la que interiormente llama «la mujer del muelle», los visita todas las mañanas para llevarles provisiones y se interesa por todos. La acompaña una chica joven. Ésta conoce la lengua de su país y hace de intérprete.

-¿Todavía no ha salido, tío? ¿Por qué no sale? ¡Hay que tomar el aire!

El anciano responde que no en silencio. No se atreve a reconocer que le da miedo salir, caminar por esa ciudad desconocida, por ese país desconocido, que le da miedo cruzarse con hombres y mujeres cuyos rostros desconoce y cuya lengua ignora.

La joven intérprete mira a la niña y luego habla con la mujer del muelle. La mujer le responde. Siguen hablando. Después la joven se vuelve hacia él.

-Si no la saca a pasear se pondrá mala. Mire qué pálida está, tío. Si parece un pequeño fantasma...

Las palabras de la joven consiguen alarmarlo. Al señor Linh no le gustan los fantasmas. Bastante tiene con los que acuden a atormentado todas las noches. Aprieta a Sang Diu contra su cuerpo y promete sacarla a pasear al día siguiente, si no hace demasiado frío.

-Aquí el frío es como la lluvia cálida en su país, tío -le dice la chica-. Tendrá que acostumbrarse.

La mujer del muelle se va con la joven intérprete. El señor Linh se inclina ante ellas ceremoniosamente, como hace siempre.

Al día siguiente, sale del dormitorio común por primera vez y se reencuentra con el exterior. Sopla viento, un viento que viene del mar y deja un regusto a sal en los labios. El anciano se relame para saborearla. Se ha puesto toda la ropa que le dio la mujer del muelle al día siguiente de su llegada. Una camisa, tres jerséis, un abrigo de lana que le queda un poco grande, un impermeable y, por último, una gorra con orejeras. Así vestido, parece una especie de espantapájaros hinchado. A la niña también le ha puesto toda la ropa que pidió para ella a la mujer del muelle. Se diría que lo que el señor Linh lleva en brazos es un enorme balón oblongo.

-¡No vaya a perderse, tío! ¡Esta ciudad es muy grande! -le gritaron las mujeres, sonriendo, cuando se disponía a salir.

-¡Cuide que no le roben a la niña! -añadió una de ellas, y todos se echaron a reír, las mujeres, sus hijos y sus hijas.

Los hombres también. Levantaron los ojos y, al verlo vestido de esa guisa, a través del acre humo de los cigarrillos -porque mientras juegan los dos fuman sin parar- uno de ellos le soltó:

-¡Si dentro de un año no ha vuelto, avisaremos a la oficina para los refugiados!

Él les hizo una inclinación y se marchó, asustado por lo que acababan de decir las mujeres sobre niños robados.

El señor Linh ha echado a andar en línea recta, sin cambiar de acera. Se ha dicho que, si no cambia de acera y no cruza ninguna calle, no podrá perderse. Le bastará con volver sobre sus pasos para encontrar el edificio donde está el dormitorio común. Así que camina por la misma acera llevando a la niña en brazos, que con tanta ropa parece más grande. El frío le colorea las mejillas, que asoman entre la lana. Su carita no tarda en adquirir un delicado tono rosa, que al señor Linh le recuerda el de los capullos de nenúfar que eclosionan en las charcas apenas llega la primavera. A él le lloran los ojos. El frío le arranca lágrimas y, como no puede secárselas porque sostiene a su nieta con ambas manos para que ningún ladrón pueda arrebatársela, deja que le resbalen por la cara.

Avanza por la acera sin ver realmente la ciudad, absorto en su propio avance. La mujer del muelle y la joven intérprete tenían razón. Es verdad que sienta bien andar, moverse un poco, y la niña, que lo mira con sus negros ojillos, tan brillantes como piedras preciosas, parece pensar lo mismo.

El señor Linh sigue caminando un buen rato, sin apenas darse cuenta de que pasa y vuelve a pasar por delante del edificio del dormitorio, porque, como no baja de la acera, su paseo circular lo hace dar vueltas alrededor de una gran manzana de casas.

Una hora después, más o menos, se nota cansado y se sienta en un banco, frente al parque que hay al otro

lado de la calle. Se coloca a la niña sobre las rodillas y saca de un bolsillo un envoltorio en el que ha metido arroz hervido. Se lleva el arroz a la boca, lo mastica hasta hacerla tan pastoso como papilla y a continuación se lo saca y se lo da a la niña. Después deja vagar la mirada en derredor.

Nada le resulta familiar. Es como si hubiera venido al mundo por segunda vez. Pasan coches que nunca ha visto, en un número incalculable, como un fluido y ordenado ballet. En las aceras, los hombres y las mujeres andan muy deprisa, como si les fuera la vida en ello. Nadie lleva harapos. Nadie pide. Nadie mira a nadie. También hay muchas tiendas. Sus anchos y hondos escaparates están atestados de artículos que el anciano ni siquiera sabía que existieran. Mirar todo eso le da vértigo. Recuerda su aldea como se recuerda algo que se ha soñado sin saber a ciencia cierta si era un sueño o una realidad desaparecida.

La aldea no tenía más que una calle. Sólo una, y de tierra batida. Cuando caía la lluvia, violenta y perpendicular, la calle se convertía en un impetuoso torrente en el que los niños correteaban desnudos. Cuando estaba seca, los cerdos dormían y se revolcaban en el polvo, y los perros se perseguían ladrando. En la aldea se conocía todo el mundo, y todo el mundo se saludaba. En total eran doce familias, y cada una se sabía la historia de las demás, los nombres de los primos, los abuelos, los antepasados, y

estaba al corriente de los bienes que poseían unos y otros. El pueblo, en suma, era como una gran y única familia distribuida en casas erigidas sobre postes, entre los que gallinas y patos picoteaban el suelo y cacareaban. El anciano repara en que, cuando habla de la aldea consigo mismo, lo hace en pasado. y siente una punzada en el corazón. La siente realmente, así que se lleva la mano libre al pecho y se lo aprieta con fuerza para hacerla cesar.

El señor Linh no tiene frío sentado en ese banco. Pensar en la aldea, aunque sea en pasado, es un poco como estar en ella, pese a saber que ya no existe, que todas las casas fueron quemadas y destruidas, que todos los animales, perros, cerdos, patos y gallinas, han muerto como la mayoría de sus habitantes, y que los supervivientes se han dispersado por los cuatro rincones del mundo, como él. Se levanta el cuello del impermeable, acaricia la frente de la niña, que sigue durmiendo, y le limpia el arroz que le ha resbalado por las comisuras de los labios.

De pronto advierte que ya no están solos en el banco. A su lado se ha sentado un hombre que lo mira, y también a la niña. Aparenta la misma edad que él, tal vez unos años menos. Es más alto, más grueso y lleva menos ropa. Esboza una sonrisa.

-Hace fresco, ¿eh?

El hombre se sopla las manos, saca un paquete de

cigarrillos de un bolsillo y, con un preciso golpecito en la parte inferior, hace salir un pitillo. Le ofrece el paquete al señor Linh, que niega con la cabeza.

-Tiene razón -dice el hombre-. Yo también debería dejarlo. Pero habría que dejar tantas cosas... -Se lleva el cigarrillo a los labios con gesto mecánico. Lo enciende, le da una larga calada y cierra los ojos-. De todos modos, qué bien sabe... -murmura al fin. El anciano no entiende nada de lo que dice el recién llegado, pero intuye que sus palabras no son hostiles-. ¿Viene aquí a menudo? -le pregunta el hombre, pero no parece esperar respuesta. Sigue fumando como si saboreara cada calada, y sigue hablando; sin apenas mirar al señor Linh-. Yo vengo casi todos los días. No es un sitio demasiado bonito, pero a mí me gusta. Me trae recuerdos. -Se interrumpe, echa un vistazo a la criatura, que sigue dormida sobre las rodillas de su abuelo, mira al anciano, rígido bajo las capas de ropa, y vuelve a posar los ojos en el rostro del bebé-. Qué preciosidad... Parece una muñequita. ¿Cómo se llama? -pregunta y, uniendo el gesto a la palabra, señala a la niña con el dedo y levanta la barbilla en ademán interrogativo.

El señor Linh comprende.

-Sang Diu -dice.

-Sandiú... -murmura el hombre-. Curioso nombre. Yo me llamo Bark. ¿Y usted? -pregunta tendiéndole la mano.

-*Tao-lai* -dice el señor Linh, empleando la fórmula

cortés que se utiliza en su lengua natal para dar los buenos días, y estrecha con las dos manos la del hombre, una mano de gigante, con unos dedos enormes, callosos, agrietados.

-Pues encantado, señor Taolai -dice el hombre sonriendo.

-*Tao-lai* -le corresponde el señor Linh, mientras siguen dándose la mano.

El sol asoma entre las nubes. Eso no impide que el cielo siga gris, pero de un gris horadado por boquetes blancos que se abren hacia alturas vertiginosas.

El humo del señor Bark parece querer llegar al cielo. Escapa de sus labios y asciende muy deprisa. De vez en cuando lo expulsa por la nariz. El señor Linh piensa en los hocicos de los búfalos, y también en los fuegos que se encienden en el bosque al atardecer para ahuyentar a los animales salvajes, y que se consumen lentamente durante las horas de la noche.

-Mi mujer ha muerto -dice el señor Bark, y arroja la colilla a la acera para aplastarla con el tacón-. Hace dos meses. Dos meses es mucho tiempo, pero también poco. Ya no sé medir el tiempo. Por más que me digo dos meses, es decir, ocho semanas, cincuenta y seis días, eso para mí ya no representa nada. -Vuelve a sacar los cigarrillos y vuelve a ofrecerle al anciano, que rehúsa de nuevo con una sonrisa; luego se lleva uno a los labios, lo enciende y da la primera calada con los ojos cerrados-. Trabajaba ahí enfrente, en el parque. Tenía un tiovivo.

Seguro que lo ha visto, unos caballitos de madera barnizada, un carrusel como los de antes. Ahora casi no quedan.

Se interrumpe y fuma en silencio. El señor Linh espera que la voz siga hablando. Aunque ignora el significado de las palabras de aquel hombre que lleva ya unos minutos a su lado, le gusta oír su voz, su timbre profundo, su grave fuerza. Por otra parte, puede que le guste oír precisamente porque no entiende las palabras y sabe que no lo herirán, que no le dirán lo que no quiere oír, que no le harán preguntas dolorosas, que no irán al pasado para desenterrado con violencia y arrojado a sus pies como un cadáver ensangrentado. Mira al hombre mientras abraza a la niña sobre las rodillas.

-Seguramente está usted casado, o lo ha estado. No quiero ser indiscreto -prosigue el señor Bark-. Pero seguro que me entiende. Yo la esperaba en este banco todos los días. Ella cerraba el tivivo a las cinco en invierno y a las siete en verano. La veía salir del parque desde este lado de la calle y ella me hacía un gesto con la mano. Yo también le hacía un gesto... Pero le estoy aburriendo, perdone...

El señor Bark acompaña esas palabras finales posando la mano en el hombro del señor Linh. A través de las capas de ropa, el anciano siente el peso de la gruesa mano, que se demora en su hombro. No se atreve a hacer ningún movimiento. De pronto, una idea

atraviesa su mente como un cuchillo. ¿Y si aquel hombre fuera uno de esos ladrones de niños que mencionaban las mujeres del dormitorio? Abraza a la niña con fuerza. Sin duda el miedo se refleja en su rostro, porque el señor Bark se da cuenta de que ha pasado algo. Incómodo, aparta la mano del hombro del anciano.

-Sí, perdone, hablo demasiado. Como ahora lo hago tan poco... Bien, he de marcharme.

Y se levanta. Al instante, el corazón del señor Linh deja de palpar y, poco a poco, se calma. La sonrisa vuelve a su rostro y sus manos aflojan la presión sobre la pequeña. Lamenta haber pensado mal de aquel hombre de rostro triste pero amable. El señor Bark se toca el sombrero.

-Adiós, señor Taolai. Espero no haberlo molestado con mi cháchara. Hasta otro día, quizá.

El señor Linh se inclina tres veces y estrecha la mano que le tiende el otro. Luego lo sigue con la mirada hasta verlo desaparecer entre la muchedumbre, una muchedumbre tranquila, que no grita, que no se empuja, que se desliza, ondulante y nudosa como una enorme serpiente marina.

Al día siguiente, el anciano sale del dormitorio común a la misma hora. Va vestido como ayer. También le ha puesto la misma ropa a la niña. Las mujeres y sus hijos han vuelto a burlarse de él. En cambio, los hombres ni siquiera han levantado la mirada, demasiado ensimismados en su juego.

A veces discuten. Se acusan mutuamente de hacer trampas. Las voces suben de tono. Las fichas vuelan por los aires. Y al punto todo se calma. Los dos hombres siguen fumando e inundan el dormitorio con una nube gris de olor fuerte e irritante.

Por la mañana todo está tranquilo, puesto que las tres mujeres salen con sus hijos. Los niños empiezan a hacerse con la ciudad. Vuelven con palabras que hacen resonar en el dormitorio y que el señor Linh no comprende. Las mujeres traen los alimentos que han ido a buscar a la oficina para los refugiados; luego preparan la comida. Siempre hay un poco para el señor Linh. Lo manda la tradición. El señor Linh es el mayor.

Es un viejo. Las mujeres están obligadas a alimentarlo. Él lo sabe. Sabe que no lo hacen movidas por la bondad ni el afecto. Además, cuando una de las tres se acerca con el cuenco, hace una mueca que no deja lugar a dudas, se lo pone delante, da media vuelta y se aleja sin pronunciar palabra. Él le da las gracias con una inclinación de la cabeza, pero ella ni siquiera lo ve.

El señor Linh nunca tiene apetito. Si estuviera solo no comería. Pero si estuviera solo ni siquiera estaría allí, en aquel país que no es el suyo. Se habría quedado en su tierra. No habría abandonado las ruinas del pueblo. Habría muerto con él. Pero está la niña, su nieta. Así que se obliga a comer, aunque la comida le sepa a cartón y cuando la traga sienta una especie de náuseas.

Camina por la acera con cautela. Acurrucada en sus

brazos, la niña no se mueve. Está tan tranquila como siempre. Tan tranquila como el alba cuando despunta y poco a poco disipa la noche que envolvía la aldea, los arrozales y el bosque con su manto de tinieblas.

El anciano avanza con pasos cortos. Hace tanto frío como el día anterior, pero las capas de ropa lo protegen. Sólo siente la mordedura del aire en los ojos, la boca y la punta de la nariz. La muchedumbre también es igual de numerosa. ¿Adónde irá toda esa gente? El señor Linh no se atreve a mirarlos. Camina con los ojos bajos. Sólo los levanta de vez en cuando, y entonces ve rostros, un mar de rostros que avanzan a su encuentro, lo envuelven, lo rozan; pero ninguno de esos rostros se fija en él, y menos aún en la niña que duerme en sus brazos.

Nunca había visto tantos hombres y tantas mujeres juntos. En la aldea vivía tan poca gente... Sí, a veces iba al mercado de la pequeña ciudad del distrito, pero también allí conocía a todo el mundo. Los campesinos que acudían a vender sus productos, o a comprar otros, vivían en pueblos parecidos al suyo, entre arrozales y bosques, en la ladera de montañas cuyas cimas se veían rara vez, puesto que casi siempre estaban envueltas en bruma. Lazos de parentesco más o menos lejanos, matrimonios, primazgos, los unían unos a otros. En el mercado se hablaba, se reía, se comunicaban noticias, defunciones, rumores... Podías sentarte en los taburetes de alguno de los pequeños restaurantes ambulantes y pedir una sopa de batata o un viscoso pastel de arroz.

Los hombres contaban historias de caza o hablaban de los cultivos. Los más jóvenes contemplaban a las chicas, que de pronto se ruborizaban y empezaban a cuchichear y poner miraditas.

Pensando en todo eso, el señor Linh ha caído en una ensoñación. Pero, de pronto, un brusco encontronazo está a punto de derribarlo. Se tambalea. ¡La niña! ¡La niña! Abraza a la pequeña Sang Diu con todas sus fuerzas. Poco a poco recupera el equilibrio. Su viejo corazón le golpea el pecho, parece que va a rompérselo. El anciano levanta la cabeza. Una mujer gorda le está diciendo algo. Gritándole, más bien. Es bastante más alta que él. Lo mira con una cara que da miedo. Sacude la cabeza, frunce el ceño... La gente pasa sin prestar atención a sus farfullos. La gente pasa como un rebaño ciego y sordo.

El señor Linh se inclina una y otra vez ante la mujer gorda para hacerle comprender que lo siente. Ella se aleja refunfuñando y meneando la cabeza. El anciano tiene el corazón acelerado. Le habla como si fuera un animal acorralado. Intenta calmarlo. El corazón parece comprender. Se calma. Es como un perro que vuelve a tumbarse ante la puerta de casa después de haber ladrado de miedo al oír el trueno y la tempestad.

Mira a su nieta. No se ha despertado. No se ha enterado de nada. La sacudida sólo ha ladeado el gorrito y la capucha que le cubren la cabeza. El anciano le arregla la ropa. Le acaricia la frente. Le murmura una

canción. Sabe que ella lo oye incluso dormida. Es una canción muy antigua. El la aprendió de su abuela, que a su vez la había aprendido de su propia abuela. Es una canción que se pierde en la noche de los tiempos y que las mujeres cantan a todas las niñas de la aldea cuando vienen al mundo, desde que la aldea existe. Dice así:

**La mañana siempre vuelve,
siempre vuelve con su luz,
siempre hay un nuevo día,
y un día serás madre tú.**

Las palabras acuden a los labios del señor Linh, sus viejos, finos y agrietados labios. Y son como un bálsamo que los suaviza, y también le apacigua el alma. Las palabras de la canción se burlan del tiempo, del lugar y de la edad. Gracias a ellas, es fácil volver a donde se ha nacido, a donde se ha vivido, a la casa de bambú con suelo calado, impregnada del olor de la leña en que se cuece la comida mientras la lluvia derrama su líquida y transparente cabellera sobre la techumbre de hojas.

La canción alivia al anciano. Le hace olvidar el frío y también a la señora gorda que ha embestido con la cabeza. Camina con pasitos cortos. Como deslizándose por la acera. Ya ha dado dos vueltas a la manzana y siente que el cansancio se apodera de él. El aire frío penetra en su garganta y le produce una especie de

aspereza, pero se sorprende pensando que en el fondo no es tan desagradable.

Por el contrario, cuando inspira no percibe nada. Está claro que aquel país no huele a nada, a nada familiar o agradable. Sin embargo, el mar no está lejos. El señor Linh lo sabe. Todavía le parece estar viendo el barco en que llegó, el inmenso puerto bordeado de enormes grúas que picoteaban en el profundo vientre de los cargueros como si quisieran despedazados. Pero, por más que inspira, cierra los ojos y vuelve a inspirar, no consigue percibir el olor del mar, esa mezcla de humedad, salitre y pescado abandonado al sol, el único olor a mar que conoce desde el día que tuvo que viajar hasta la costa, a dos jornadas de marcha de la aldea, para buscar a una vieja tía medio loca que había acabado perdiéndose. El señor Linh sonríe al recordar a su tía, su boca desdentada y sus ojos quemados por el sol, aquella mujer al margen de la vida que miraba el mar y le hablaba como si fuera un pariente: «Conque aquí estás... ¿Lo ves? He acabado encontrándote. Ya te lo había dicho. ¡Ahora no te servirá de nada esconderte!»

La tía se había marchado del pueblo una semana atrás. Había pasado varios días vagando por los arrozales. Como dormía tumbada en el suelo tenía el pelo lleno de barro seco. Las zarzas de los caminos le habían desgarrado la ropa. Parecía lo que había acabada siendo: una vieja loca y exhausta que le hablaba al mar y a la que él tuvo que llevarse de allí a fuerza de tirones.

Durante todo el viaje de regreso no paró de murmurar maldiciones y conjuros, porque en cada campesina que se cruzaban creía ver a una ninfa y en cada porteador encorvado bajo su pértiga, a un genio maléfico.

En aquella época, el señor Linh era fuerte. Llevó a su tía a cuestas la mayor parte del trayecto de vuelta. Se le marcaban todos los músculos y tenía unos brazos tan nervudos que podía parar un búfalo agarrándolo por los cuernos. Y las piernas lo mismo; afirmándose en ellas, giraba la cintura y derribaba adversario tras adversario en las fiestas de la aldea. De eso hace mucho tiempo. Sang Diu aún no había nacido, claro. Ni el padre de Sang Diu, su hijo. El señor Linh todavía era un joven que no había tomado mujer, aunque a su paso las chicas volvían la cabeza y gorjeaban como los pájaros en primavera.

Ahora el señor Linh es viejo y está cansado. Aquel país desconocido lo agota. La muerte lo agota. Lo ha chupado como los ávidos cabritillas a su madre, que se tumba sobre un costado porque no puede más. La muerte se lo ha quitado todo. No le queda nada. Está a miles de kilómetros de una aldea que ya no existe, a miles de kilómetros de unas tumbas huérfanas de sus cuerpos, muertos a unos pasos de ellas. Está a miles de días de una vida que antaño fue hermosa y feliz.

Sin darse cuenta, acaba de apoyarse en el banco enfrente del parque. El mismo en que el día anterior se sentó a descansar. El mismo en que aquel hombre sonriente y más bien gordo le puso la mano en el hombro

y le habló con amabilidad. El señor Linh se sienta y, de pronto, lo asalta el recuerdo del hombre, de su boca, que parecía tragarse los cigarrillos, de sus ojos serios y risueños a un tiempo, de la cadencia de su voz, que pronunciaba palabras incomprensibles para él, y recuerda también el peso de su mano cuando se la puso en el hombro haciéndolo estremecer de miedo, antes de avergonzarse de su reacción.

Sí, fue aquí, se dice, y coloca a la niña en su regazo. La pequeña ha abierto los ojos. Su abuelo le sonrío.

-Soy tu abuelo -le dice-, y tú y yo estamos solos, somos los dos únicos, los dos últimos. Pero estoy aquí, no tengas miedo, no va a pasarte nada... Soy viejo, pero tendré fuerzas mientras haga falta, mientras seas un pequeño mango verde que necesita al viejo árbol.

El anciano mira los ojos de Sang Diu. Son los ojos de su hijo, los ojos de la mujer de su hijo, y los ojos de la madre de su hijo, su adorada esposa, cuyo rostro está siempre presente en él, como un retrato primorosamente trazado y pintado con colores maravillosos. Bueno, otra vez el corazón. Ha empezado a latirle con fuerza al recordar a su mujer, pese al tiempo transcurrido desde que la perdió, cuando todavía era un hombre joven y su hijo apenas tenía tres años y aún no sabía cuidar los cerdos ni atar el arroz paddy.

Su mujer tenía ojos grandes, de un castaño casi negro y orlados de pestañas tan largas como palmas, y un cabello

fino y sedoso; se lo trenzaba ella misma en cuanto acababa de lavárselo en la fuente. Cuando caminaba por los senderos de tierra que discurrían entre los arrozales, apenas más anchos que dos manos unidas, llevando sobre la cabeza un cuenco lleno de buñuelos, su cuerpo hacía soñar a los chicos que trabajaban en los campos anegados en agua fangosa. Ella se reía con todos inocentemente, pero fue con el señor Linh con quien se casó y fue a él a quien le dio un hermoso hijo, antes de morir de unas fiebres, o quizá porque una mujer estéril y envidiosa que había pretendido al señor Linh le echó una maldición.

El anciano piensa en todo eso. Sentado en ese banco que en sólo dos días se ha convertido en un pequeño rincón familiar, un madero flotante al que se hubiera agarrado en medio de una ancha, turbulenta y extraña corriente. Y con su cuerpo caliente el último brote de la rama, que de momento duerme sin temor, melancolía ni tristeza, con ese sueño de criatura ahíta, feliz de sentir la calidez del ser querido, su tibia suavidad y el arrullo de una voz acariciante.

-¡Buenos días, señor Taolai! -El señor Linh da un respingo. De pie junto a él está el hombre gordo del día anterior. Le sonrío-. Bark, el señor Bark, ¿recuerda?
-añade tendiéndole la mano con expresión amistosa.

El señor Linh sonrío, se asegura de que la pequeña está bien sentada en sus rodillas y extiende las dos manos hacia el hombre.

-Tao-lai! -responde.

-Sí, lo recuerdo -dice el hombre-, se llama usted Taolai. Y yo Bark, como ya le he dicho.

El anciano sonríe. No esperaba volver a verlo. Se alegra. Es como encontrar un letrero en un camino cuando uno se ha perdido en el bosque y lleva días dando vueltas sin reconocer nada. Se aparta un poco para darle a entender que puede sentarse, y el hombre lo hace, se sienta. A continuación se mete la mano en el bolsillo, saca un paquete de cigarrillos y se lo ofrece al señor Linh.

-¿No? Tiene usted razón...

Y se lleva un cigarrillo a los labios, que son gruesos y parecen cansados. El señor Linh se dice que tener los labios cansados no significa nada, pero es así. Los labios del hombre parecen cansados y tristes, con una tristeza insoluble y pegajosa.

Enciende el cigarrillo, que crepita en el aire frío. Cierra los ojos, da la primera calada, sonríe y luego mira a la niña, sentada en las rodillas del señor Linh. La mira y sonríe todavía más, con una sonrisa agradable. Mueve la cabeza como si asintiera. De pronto, el señor Linh se siente orgulloso, orgulloso de su nieta, que descansa en su regazo. La levanta un poco para que el señor Bark la vea mejor y luego le sonríe.

-¡Mire cómo corren! -dice de pronto el señor Bark señalando la muchedumbre. El humo del cigarrillo ondula caprichosamente ante sus ojos y lo obliga a

entornarlos-. Cuánta prisa por llegar... Pero llegar ¿adónde? ¿Lo sabe usted? ¡Al sitio al que iremos todos algún día! Cuando los veo, no puedo evitar pensar eso...

Deja caer la colilla y la roja ascua llena el suelo de chispas que se apagan enseguida. Luego la aplasta meticulosamente con el tacón. No queda más que un rastro negruzco de cenizas, de delgadas hebras de tabaco y papel que absorben la humedad del suelo y se mueven un poco, como en un último estertor.

-¿Se ha dado cuenta de que casi todos van en la misma dirección? -prosigue el señor Bark, que se lleva otro cigarrillo a los labios y lo enciende con un mechero cuya llama es tan débil que apenas consigue prender el tabaco.

El señor Linh se deja mecer de nuevo por la voz del desconocido, que no obstante es un poco menos desconocido que ayer, y al que escucha sin entender una sola palabra.

A veces, un poco de humo del cigarrillo se cuela en la nariz del anciano, que se sorprende inspirándolo, haciéndolo penetrar en su interior tanto como puede. No es que el humo le resulte realmente agradable; el de los cigarrillos que fuman los hombres del dormitorio común es repugnante. Pero éste es distinto, tiene buen olor, un aroma, el primero que percibe en aquel país nuevo, un aroma que le recuerda el de las pipas que los hombres de la aldea encienden por la noche, sentados ante las casas, mientras los niños, incansables, juegan en la calle y las

mujeres cantan y trenzan bambú.

El señor Bark tiene los dedos gruesos, con las últimas falanges teñidas de amarillo anaranjado, de tanto sostener los cigarrillos que fuma sin parar. Contempla el parque, al otro lado de la calle. Se ven madres que entran acompañadas de numerosos niños. Más allá se adivinan estanques, y también lo que parecen jaulas, quizá para animales grandes, quizá para animales del país del señor Linh. De pronto, el anciano piensa que ése es su destino, que está en una inmensa jaula, sin barrotes ni guardián, y que nunca podrá salir de ella.

Al ver que el señor Linh mira la entrada del parque, el señor Bark la señala con el dedo.

-Eso es otro mundo, ahí la gente no corre. Los únicos que corren son los niños, pero ellos corren de otro modo, corren riendo. Es totalmente distinto. ¡Si viera cómo sonríen en el tiovivo! ¡En los caballitos de mi mujer! ¡Qué sonrisas! Sin embargo, bien mirado, un tiovivo no es más que un redondel que da vueltas... Entonces, ¿por qué les gusta tanto a los niños? Yo siempre me emocionaba viéndolo, viendo a mi mujer accionar el tiovivo, sabiendo que su trabajo consistía en hacer felices a los niños.

Cuando el señor Bark habla, el señor Linh lo mira y escucha con mucha atención, como si lo comprendiera todo y no quisiera perderse nada del sentido de sus palabras. Lo que comprende el anciano es que el tono del

señor Bark trasluce tristeza, una profunda melancolía, una especie de herida que la voz subraya, acompaña más allá de las palabras y el lenguaje, algo que la recorre como la savia recorre el árbol sin ser vista.

Y, de pronto, sin pararse a pensarlo, sorprendido de su propio gesto, el señor Linh posa la mano izquierda en el hombro del señor Bark, como había hecho éste el día anterior, y al mismo tiempo lo mira sonriendo. El otro le devuelve la sonrisa.

-No paro de hablar... Soy un charlatán, ¿verdad? Es usted muy amable aguantándome. Hablar me sienta bien, ¿sabe? Con mi mujer hablaba mucho... -Se queda en silencio unos instantes, los que tarda en dejar caer la colilla, aplastarla con la meticulosidad de costumbre, sacar otro cigarrillo, encenderlo y saborear la primera calada con los ojos cerrados-. Pensábamos marcharnos en cuanto se jubilara. Le quedaba un año. Pero ella no quería abandonar su tiovivo así sin más; quería encontrar a alguien que se lo quedara, alguien de confianza, porque era una mujer muy escrupulosa, no quería dejárselo a cualquiera. El tiovivo era un poco como su hijo, el hijo que nunca tuvimos... -Al hombre le brillan los ojos, seguramente debido al frío o al humo del cigarrillo, se dice el señor Linh-. No queríamos quedarnos aquí. Esta ciudad nunca nos gustó; no sé usted, pero lo que es nosotros nunca pudimos soportarla. Así que pensábamos buscar una casita en el interior, en un pueblo, un pueblo cualquiera en el campo, cerca de un bosque, de un río, un

pueblecito, si es que todavía existen sitios así, en el que todo el mundo se conociera y se saludara, no como aquí. Era nuestro sueño... ¿Ya se marcha?

El señor Linh se ha puesto en pie. Acaba de darse cuenta de que es tarde y de que no ha traído nada para darle de comer a su nieta. Tiene que volver antes de que se despierte. Antes de que llore de hambre. Nunca llora, pero precisamente el anciano espera que siempre sea así, que nunca llore mientras él sepa cuidar de ella, mientras esté ahí para ella, para adelantarse a todos sus deseos y ahuyentar todos sus miedos.

El señor Bark lo mira con sorpresa y tristeza. El señor Linh comprende que está extrañado y seguramente también decepcionado, así que señala con la cabeza a la niña, que sigue dormida.

-Sandiú... -murmura el señor Bark sonriendo. El señor Linh asiente con la cabeza-. Bueno, entonces adiós, señor Taolai. ¡Hasta la próxima!

El señor Linh se inclina tres veces a modo de despedida y el señor Bark, como no puede estrecharle la mano porque el otro tiene a la pequeña en brazos, posa la suya en el hombro del anciano pesadamente, con afecto.

El señor Linh sonrío. Era todo lo que deseaba.

Cuando llega al dormitorio común, la mujer del muelle está esperándolo acompañada por la joven intérprete. Estaban preocupadas por su tardanza. Es lo que le dice la joven. El señor Linh les cuenta su paseo.

También les habla del banco y del hombre gordo del banco. Ellas se quedan más tranquilas. Por medio de la joven, la mujer del muelle le pregunta si todo va bien, si necesita algo. El señor Linh se apresura a decir que no, pero luego se lo piensa mejor y le pregunta a la intérprete si tiene derecho a cigarrillos. Sí, le gustaría tener cigarrillos.

-No sabía que fumara, tío -le dice la joven, y a continuación traduce su petición.

La mujer del muelle lo escucha todo sonriendo. De acuerdo, tendrá un paquete de cigarrillos al día.

Cuando están a punto de marcharse, la mujer del muelle se vuelve y habla con la intérprete. La joven asiente un par de veces. Luego se dirige al señor Linh:

-Tío, no podrá quedarse siempre aquí, en este dormitorio. Es una solución provisional. La oficina para los refugiados no tardará en estudiar su caso, como hace con todos. Verá a personas que le harán preguntas, y también a un médico. No se apure, yo estaré con usted. Después propondrán algo definitivo, y le encontrarán un sitio donde estará más tranquilo. Todo irá bien.

El señor Linh ha escuchado a la joven. No sabe qué decir, así que no dice nada. No se atreve. No se atreve a decirle que, a pesar de aquellas familias, se siente bastante a gusto en ese dormitorio, que la pequeña se ha acostumbrado al sitio y parece gustarle. En su lugar hace una pregunta, sólo una: le pregunta a la joven cómo se dice «buenos días» en el idioma de ese país. La chica se

lo dice. Él lo repite varias veces, para retenerlo en la memoria. Para concentrarse, cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, ve que las dos mujeres lo miran sonriendo. Entonces le pregunta a la chica en qué provincia nació.

-Nací aquí -responde ella-. Cuando mis padres llegaron en un barco, como usted, estaba en el vientre de mi madre.

El anciano se queda boquiabierto, como si le hubieran contado un milagro. Nacer allí... Para él no tiene sentido. A continuación le pregunta a la chica cómo se llama.

-Sara -responde ella.

El señor Linh arruga el ceño. No conoce ese nombre.

-¿Y qué quiere decir? -murmura intrigado.

-Quiere decir Sara, tío. Sólo eso.

Él menea la cabeza, pensando que un país donde los nombres no significan nada es un país muy extraño.

Las dos mujeres están junto a la puerta. Le tienden la mano. El señor Linh se las estrecha y luego se inclina, con la niña dormida todavía en sus brazos. Ahora tiene que darle de comer. Va hasta la esquina del dormitorio en que está su cama. Deja a Sang Diu sobre el colchón. La desnuda. Ella abre los ojos. El anciano le murmura la canción. Después le pone la ropa ligera que llevaba en su país, una camisa de algodón que ha perdido el color. Él

la lava todas las mañanas y la extiende cerca del radiador. Por la tarde está seca.

Luego se quita todas las capas de ropa que lleva encima. Dobla las prendas una tras otra, salvo el abrigo, que utiliza como manta suplementaria durante la noche, porque le da miedo que la niña coja frío.

Las familias comen en círculo a diez metros de él. Las mujeres y la mayoría de los niños le dan la espalda. Los dos hombres le lanzan miradas de vez en cuando y luego vuelven a su comida, que devoran con ansia. Sólo se oye el ruido de las bocas, las lenguas y los palillos. Junto al colchón, el señor Linh ve un cuenco de arroz, una sopa de fideos y un trozo de pescado. Da las gracias y se inclina dos veces. Nadie le presta atención.

Se mete el arroz en la boca, lo convierte en una papilla no muy espesa y se lo da a su nieta. Luego coge una cucharada de sopa y, tras soplada varias veces para que no le queme los delicados labios, se la introduce en la boca. También desmenuza un trocito de pescado y se lo da poco a poco, pero la niña parece estar llena y enseguida deja de tragar. Tiene sueño, se dice el señor Linh, recordando la época en que contemplaba a su mujer haciendo esos mismos gestos para alimentar a su hijo, ese hijo que ahora está muerto. Piensa en los suaves gestos de su mujer, y esos recuerdos lo ayudan a encontrar la sabiduría y las palabras que le permiten ocuparse de Sang Diu.

Los dos hombres han reanudado las partidas de mah-jong. Se sirven vasitos de aguardiente de arroz que beben de un trago. Las mujeres lavan los cuencos, los platos y las cacerolas. Los niños riñen. Los más pequeños bostezan y se frotan los párpados.

El señor Linh se tumba en el colchón, rodea con los enflaquecidos brazos a su nieta, cierra los ojos y se reúne con ella en el sueño.

Amanece un día más claro. El sol muerde el cielo con su luminosidad. También hace más frío. El señor Linh camina por la acera vestido con toda su ropa y con la criatura bien cogida entre los brazos. En un bolsillo del abrigo lleva el paquete de cigarrillos que le han dado esa mañana. Lo ha traído una de las mujeres, junto con las provisiones que había ido a buscar a la oficina para los refugiados, como todos los días.

-Parece que es para usted, tío -le ha dicho tendiéndole el paquete con un encogimiento de hombros.

Los dos hombres, que descansaban de su noche de juego dormitando en sus colchones, han hecho unos comentarios en voz baja y han vuelto a callarse.

El paquete de cigarrillos le abulta el bolsillo, y lo nota mientras camina. Cada vez que lo nota, sonrío. Piensa en la cara que pondrá el hombre gordo cuando se lo dé.

El señor Linh no empieza a dar vueltas alrededor de la manzana. Va directamente al banco y se sienta. Es agradable estar sentado allí, en aquel banco, un día tan

luminoso, y esperar. La multitud de peatones no se comporta como los demás días. Es igual de densa, pero camina menos deprisa. La gente forma pequeños grupos, y al señor Linh le parece que todos van muy bien vestidos. Charlan entre sí, y muchos ríen o tienen el gesto distendido. Parecen disfrutar del día y el momento. Algunos niños, cuando ven al anciano en el banco, lo señalan con el dedo y se ríen. Los padres los cogen de la mano y se los llevan. Otros intentan acercarse a él y a la niña sentada en sus rodillas, seguramente para verla mejor, pero sus padres también los agarran del brazo y se alejan con ellos.

«¿Les daré miedo?», se pregunta el señor Linh. Entonces baja los ojos, se mira y no ve más que una rechoncha bola de lana, apretada y deformada, hecha de bufandas, un gorro, un abrigo y varios jerséis. «Seguro que les doy miedo. Deben de tomarme por un genio maligno disfrazado de viejo.» La idea lo divierte.

Al otro lado de la calle, numerosas familias se apretujan ante la entrada del parque, mientras otras intentan salir. Son dos abigarradas y bulliciosas corrientes que se mezclan y de vez en cuando se agitan formando grandes remolinos, parecidos a los que durante la estación de las lluvias agitan el río de los Dolores, cuyas aguas pasan no muy lejos de la aldea.

El río recibe ese nombre porque, según la leyenda, una mujer perdió en él a sus siete hijos el mismo día, cuando

intentaba bañarlos. Desde entonces, si se escucha con atención cerca de la orilla, algunas noches puede oírse el llanto de la madre saliendo del río, al que acabó arrojándose, desesperada por la muerte de sus pequeños.

Pero sólo es una leyenda que se murmura por la noche junto al fuego para asustar a los niños e impedir que se ahoguen, porque es un río realmente hermoso, abundante en peces y de aguas límpidas en las que apetece bañarse. En su corriente se cogen gambas de agua dulce y pequeños cangrejos que luego se asan a la brasa. Los hombres hacen beber en él a los búfalos. Las mujeres lavan la ropa en sus aguas, y también sus largas cabelleras, que flotan como algas de seda negra. El bambú crece en sus orillas, a la espera de ser cortado y puesto a secar. El río tiene el color de los árboles que se reflejan en él y hunden las raíces bajo su lecho absorbiendo su frescura. Pájaros verdes y amarillos vuelan a ras del agua como flechas de luz inaprensibles, casi soñadas.

El señor Linh abre los ojos. Algún día tiene que contarle a Sang Diu todo eso, hablarle del río, de la aldea, del bosque, de la fuerza de su padre y la sonrisa de su madre.

El anciano mira de nuevo la entrada del parque. Le gustaría ver qué hay allí dentro, qué maravillas atraen de ese modo a tantas familias. Pero el parque está al otro lado de la calle, que es ancha, inmensa, y está llena de coches que no se cansan de ir y venir a toda velocidad en

ambos sentidos, en medio de un guirigay de bocinas y una neblina de humo gris azulado.

Pasa el tiempo. El señor Linh lo nota en el frío que le atraviesa los zapatos y los tres pares de calcetines y le hiela los pies. El tiempo se va, y él sigue solo en el banco. El hombre gordo no aparece. Puede que no venga todos los días. Puede que no vuelva a venir.

Nota el paquete de cigarrillos en el bolsillo del abrigo. El pequeño bulto le provoca una incipiente y profunda tristeza. Recuerda el contacto de la mano del hombre gordo en su hombro. Y comprende que está solo en el mundo con su nieta. Solos los dos. Que su país está lejos. Que su país, en cierto modo, ya no existe. Ya no es más que fragmentos de recuerdos y sueños que sólo sobreviven en su cabeza de hombre viejo y cansado.

El día se acaba. A lo lejos, el sol parece caer pesadamente sobre el horizonte. Es hora de volver. El hombre gordo no ha aparecido. El señor Linh se marcha, con el paquete de cigarrillos en el bolsillo y las palabras que significan «buenos días» en la boca, sin pronunciar.

Esa noche el anciano duerme mal. Tiene la sensación de estar helado de frío. Cree que le han robado la ropa, que ya no tiene nada, ni siquiera la maleta que contiene el saquito de tierra y la fotografía descolorida. Se vuelve una y otra vez, hasta que poco antes del amanecer el sueño lo arrastra pesadamente a un pozo negro y sin fondo.

Cuando despierta, es tarde. De inmediato nota que algo no va bien. Extiende la mano y no encuentra nada. Se incorpora asustado, mira a la derecha, mira a la izquierda...

-¡Sang Diu! ¡Sang Diu! -La pequeña ha desaparecido, no está en el colchón-. ¡Sang Diu! -Sus gritos hacen volverse a las mujeres, que pelan verdura sentadas alrededor de la olla. Sus maridos roncan-. ¡Sang Diu! ¡Sang Diu! -repite el anciano como un poseso, y se levanta de golpe, oyendo crujir todos los huesos de su cuerpo y latir su corazón.

De pronto, en la otra punta del dormitorio ve a los tres niños más pequeños. Están riendo a carcajadas. ¿Y a quién ve con ellos? A su nieta, que parpadea asustada mientras los críos se la pasan de mano en mano sin cuidado, sin la menor delicadeza. El señor Linh pega un respingo, cruza el dormitorio y se abalanza sobre los niños.

-¡Quietos! ¡Quietos! ¡Vais a hacerle daño! ¡Todavía es demasiado pequeña para jugar con vosotros!

Coge a Sang Diu, la acaricia, la calma, la tranquiliza. La niña está temblando. Ha tenido miedo.

Al regresar a la esquina de su colchón pasa cerca de las mujeres.

-Sólo son niños, tío -le dice una de ellas-. Tienen derecho a jugar. ¿Por qué no los deja en paz? -El señor Linh aprieta a la niña contra su pecho, pero no dice nada. La mujer lo mira con una mueca de desprecio-. ¡Viejo

loco! -refunfuña.

Poco después, para no tener que acercarse a él, la misma mujer le arroja el paquete de cigarrillos diario. El anciano se apresura a guardárselo en el bolsillo del abrigo, con el otro.

Ese día tarda en salir. Se queda un buen rato tumbado en el colchón junto a Sang Diu, que ha vuelto a dormirse. No toca la comida que otra de las mujeres le ha dejado al lado de la cama.

De repente el dormitorio se llena de gritos. Los dos hombres discuten acaloradamente. Se han puesto de pie y se hacen frente como dos gallos de pelea. Uno acusa al otro de hacer trampas. Se agarran y forcejean. Las tres mujeres los miran asustadas. El señor Linh no quiere que su nieta presencie semejante espectáculo. La prepara rápidamente, se viste, sin olvidar ninguna de sus prendas de lana, y sale en el momento en que uno de los hombres, con los ojos desorbitados por la furia, blande un cuchillo ante la cara del otro.

Fuera, el día está gris. Cae una gélida llovizna, la misma que los recibió el día de su llegada, cuando bajaron del barco. El cielo, muy bajo, parece querer aplastar la ciudad. El señor Linh ajusta el gorrito en la cabeza de la criatura. Ya casi no se la ve. Luego se levanta el cuello del abrigo.

La muchedumbre que recorre las aceras ha reanudado su frenética carrera. Ya no hay familias

paseando, ya no hay hombres ni mujeres mirando alrededor con una sonrisa. La gente camina a toda prisa con la cabeza baja. Entre ellos, el señor Linh parece un arbolillo arrancado por una corriente que lo arrastra y zarandea sin que él pueda evitado..

-¡Señor Taolai! ¡Señor Taolai!

Como en un sueño, el anciano oye una voz cálida y ronca que le da los buenos días dos veces. Pero al punto comprende que la voz no viene de ningún sueño, sino de detrás de él, y en ese preciso instante reconoce la voz. Así que, a riesgo de que se lo lleven por delante, se detiene y se vuelve. A diez metros, ve levantarse un brazo y luego otro, y oye la voz, que le da los buenos días dos veces más.

El señor Linh sonrío. Es como si el sol hubiera desgarrado el gris del cielo. En pocos segundos, el señor Bark llega a su lado, casi sin aliento pero con una ancha sonrisa en el rostro. El anciano cierra los ojos, busca en su memoria las palabras que le enseñó la joven intérprete y, mirando al señor Bark, exclama:

-¡Buenos días!

Al señor Bark le cuesta recuperar el resuello. Ha corrido demasiado. El señor Linh percibe el olor a tabaco de su aliento. El hombre gordo le sonrío.

-¡No sabe usted cuánto me alegro de verlo! Pero venga, si nos quedamos aquí con esta lluvia vamos a coger una pulmonía.

Y, sin pedirle opinión, lo arrastra hacia algún lugar desconocido. El señor Linh se deja llevar. Está contento. Iría a cualquier parte que el hombre gordo quisiera llevarlo. Nota los paquetes de tabaco en el bolsillo y eso le hace sonreír todavía más. Ya no tiene frío. Se olvida del dormitorio, de la mezquindad de las mujeres y las trifulcas de los hombres... Está allí, caminando con su nieta en brazos, al lado de un hombre que le saca dos cabezas, que debe de pesar el doble que él y que fuma sin parar.

El señor Bark empuja la puerta de un café y lo hace entrar. Elige una mesa en un rincón, indica al anciano que se sienta en el banco y se deja caer en la silla.

-¡Vaya tiempecito! ¡Que ganas tengo de que llegue el calor! -exclama el señor Bark frotándose las manos. Luego enciende otro cigarrillo y da la primera calada cerrando los ojos unos segundos, como de costumbre. Mira a la niña y sonríe-. ¡Sandiú! -dice.

El señor Linh asiente con la cabeza y contempla a su nieta, que ha cerrado los ojos en cuanto la ha acostado en el banco, a su lado.

-Sang Diu... -murmura a su vez con orgullo, porque le parece preciosa, porque le recuerda a su hijo y a la mujer de su hijo, y porque a través de ella se remonta al amado rostro de su propia mujer.

-Voy a pedir -anuncia el señor Bark-, o no nos servirán nunca. Confíe en mí, señor Taolai, con este tiempo sé lo que necesitamos para entonamos, ¿de

acuerdo?

El señor Linh no sabe por qué el otro le dice buenos días tantas veces, pero como lo hace con tanta amabilidad y simpatía lo encuentra entrañable. Ha comprendido que acaba de hacerle una pregunta, así que, aunque ignora su significado, asiente levemente con la cabeza.

El señor Bark se levanta y se acerca a la barra. Se dirige al camarero para pedirle las bebidas. El anciano aprovecha para sacar los dos paquetes de cigarrillos y dejarlos en la mesa, junto al encendedor del hombre gordo, un encendedor metálico lleno de abolladuras, como si hubiera recibido innumerables golpes. El señor Bark se entretiene unos instantes en la barra, esperando a que le sirvan. Es la primera vez que el señor Linh lo ve de espaldas. Tiene los hombros un poco encorvados, como los portadores que se pasan la vida transportando pesados fardos con una pértiga. Puede que trabaje en eso, llevando pértigas cargadas de ladrillos, yeso o tierra.

La voz del señor Bark lo saca de sus meditaciones:
-¡Cuidado, que quema!

Trae dos tazas que humean y difunden un extraño y delicioso aroma, con un toque de limón. Las deja en la mesa y se sienta. Como está concentrado en no derramar las tazas, y también en no quemarse, todavía no ha visto los paquetes de cigarrillos. Cuando repara en ellos, lo primero que piensa es que alguien se ha equivocado. Hace ademán de volverse, pero se detiene, porque acaba

de comprender. Mira al anciano, que sonríe p caramente.

Hace mucho tiempo que el señor Bark no recibe un regalo. De vez en cuando su mujer le compraba una nader a, una estilográfica, una corbata, una cartera...  l también le hacía pequeños regalos fuera de las ocasiones tradicionales: una rosa, un perfume, un pañuelo... Era como un juego entre ambos.

Los coge y los sostiene en la mano, emocionado por esos dos simples paquetes de cigarrillos, que por otra parte son de una marca que no le gusta, que nunca fuma, porque tienen un sabor mentolado que no soporta. Pero eso es lo de menos. Mira los paquetes, mira al anciano sentado frente a él... Siente el impulso de darle un abrazo. No encuentra las palabras, que se le atascan en la garganta. Carraspea y dice simplemente:

-Gracias... Gracias, señor Taolai, no hacía falta pero es un detalle muy bonito, de verdad, muy bonito...

El señor Linh se siente feliz, porque comprende que el hombre gordo también se siente así. Y como parece que en aquel país la gente se da los buenos días cada dos por tres, vuelve a dárselos al señor Bark con las palabras que le ha enseñado la joven intérprete.

-Tiene usted toda la razón -responde el señor Bark-.
 Es un día estupendo!

Y con sus gruesos dedos retira el celofán de un paquete, quita el papel de plata, le da un golpecito en la parte inferior, ofrece un cigarrillo al señor Linh, que lo

rechaza sonriendo, sonríe a su vez con una expresi3n que viene a significar «¿no, eh?», lo enciende con su abollado mechero, cierra los ojos y da la primera calada.

Y como se los ha regalado el anciano, de repente le saben mucho mejor de lo que recordaba. S , muchísimo mejor. El olor a menta le resulta incluso agradable. El señor Bark se siente como aligerado. Tiene la sensaci3n de que sus pulmones se ensanchan, de que respira mejor. Se arrellana en la silla. Se est  bien en aquel café.

Eso mismo piensa el señor Linh. Se est  bien all . Apenas hay gente. Están prácticamente solos. La niña duerme como si estuviera en una cama. Todo es perfecto.

-Pero ¡beba, beba! Esto hay que beberlo caliente, si no es como si nada...

El señor Bark da ejemplo. Coge la taza entre las manos, sopla el líquido varias veces y le da un sorbo produciendo una especie de silbido. El anciano intenta imitarlo: coge la taza, sopla, sorbe, silba, pero de pronto le entra tos.

-¡S , est  fuerte! Pero ya verá, ya verá c3mo le hace entrar en calor. El secreto es servido bien caliente. Agua hirviendo, azúcar, lim3n y un buen lingotazo de licor, no importa cuál, el que se tenga a mano. ¡Así de fácil!

El señor Linh nunca ha bebido nada parecido. Desde luego reconoce el sabor del lim3n, pero todo lo demás le resulta nuevo. Aunque no tanto como la extraña ingravidez que va apoderándose de él y lo hace balancearse en el banco a medida que bebe y el líquido

inunda su estómago de calor.

La cara del hombre gordo se ha arrebolado. Tiene las mejillas tan rojas como farolillos de papel. Parece que los cigarrillos le han gustado, porque fuma uno tras otro, encendiéndolos con la colilla del anterior.

El anciano se desabrocha el abrigo, se abre también el impermeable y luego ríe sin motivo. Tiene la cara ardiendo. Y la cabeza un poco ida.

-¿Qué? ¿A que se siente mejor? -le dice el señor Bark-. Mi mujer y yo veníamos aquí a veces, en invierno. Es un sitio tranquilo. No hay demasiado ruido...

Pero de pronto se queda pensativo. Su risa se apaga, como un fuego al que se arroja un puñado de tierra. Hace girar la taza, casi vacía, en la que flota la rodaja de limón. Tiene los ojos brillantes. Inclina la frente. Guarda silencio. Incluso se olvida de encender otro cigarrillo. Es el camarero quien lo saca de su ensimismamiento. Retira las tazas y deja la nota. El señor Bark se mete la mano en el bolsillo, saca unas monedas y se las da.

El señor Linh lo mira y sonrío.

-Qué injusta es la vida a veces, ¿verdad? -le dice el señor Bark.

El anciano no responde, pero sigue sonriendo. Luego, como empujado por una necesidad que no puede controlar, empieza a canturrear:

La mañana siempre vuelve...

Canta la canción en la lengua de su país, que tiene una musicalidad frágil, sincopada y un poco sorda:

**siempre vuelve con su luz,
siempre hay un nuevo día....**

El señor Bark lo escucha. La cadencia lo subyuga.

y un día serás madre tú.

El señor Linh se calla. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué le ha cantado la canción al hombre gordo? ¿Por qué le ha tarareado unas palabras que él no puede comprender? De pronto se siente avergonzado, pero ve que el señor Bark lo mira y que de nuevo parece feliz.

-Es muy bonito, señor Taolai, muy bonito, aunque no entienda las palabras. Gracias. -El anciano coge con cuidado a la niña, que sigue durmiendo y apenas abre los ojos cuando se la apoya en el pecho, se levanta y se inclina delante del hombre gordo-. He pasado un rato muy agradable -le dice el señor Bark-. Me ha sentado muy bien.

-Buenos días -responde el señor Linh.

-Adiós, señor Taolai -dice el señor Bark-. ¡Hasta mañana, espero!

El anciano se inclina ante él dos veces más. El

hombre gordo le pone la mano en el hombro. El señor Linh se va, pero, cuando está a punto de cruzar la puerta del café, oye exclamar al señor Bark:

-¡Y gracias por los cigarrillos!

El anciano se vuelve, lo ve agitando los dos paquetes en la mano, sonrío, inclina la cabeza y sale.

El aire frío le abofetea la cara. El paseo desentumece sus viejas piernas. Se siente muy pesado y muy ligero a la vez. Le duele un poco la cabeza. Tiene un sabor raro en la boca, pero está contento, contento porque ha visto al hombre gordo y ha compartido unos momentos con él, mientras la niña descansaba.

Cuando llega al dormitorio, fuera ha caído la noche. Los dos hombres juegan a las cartas en silencio. Le echan un vistazo con unos ojos sin vida, sin movimiento, que no ven nada, como si el señor Linh ya no existiera. En cuanto a las mujeres, ni siquiera se vuelven. Los niños tampoco.

Desnuda a la pequeña. La lava cuidadosamente y le pone la camisa de algodón. Luego le da un poco de arroz, leche y un trocito de plátano hecho puré. Él no tiene hambre. Se quita la ropa y se acuesta al lado de la niña, que ya se ha dormido. Vuelve a pensar en el hombre gordo, en su sonrisa de sorpresa al comprender que había sido él, el señor Linh, quien le había llevado los cigarrillos. Cierra los ojos. Piensa en el sabor de esa bebida caliente y ácida que ha tomado con él.

Se duerme como un bebé.

El señor Linh y el señor Bark se ven todos los días. Si hace buen tiempo se quedan en la calle, sentados en el banco. Cuando llueve, van al café y el señor Bark pide la extraña bebida, que toman agarrando la taza con las dos manos.

El anciano espera el momento de reunirse con su amigo desde que se levanta. En su fuero interno lo llama «su amigo», porque lo es. El hombre gordo se ha convertido en su amigo, aunque el señor Linh no habla su lengua, aunque no la comprende, aunque la única palabra que conoce es «buenos días». Eso es lo de menos. Después de todo, el hombre gordo tampoco sabe más que una palabra del idioma del señor Linh, y es la misma.

Gracias al señor Bark, el nuevo país tiene un rostro, una forma de andar, un peso, un cansancio y una sonrisa, y también un olor, el del humo de los cigarrillos. Sin saberlo, el hombre gordo le ha dado todo eso.

Sang Diu se ha acostumbrado a esos encuentros, al cálido aliento del hombre gordo, a sus grandes manos agrietadas y sus anchos dedos llenos de callos. A veces, cuando nota que al anciano empieza a pesarle la niña, la lleva él. Ella no protesta. Se ve muy graciosa en brazos del hombre gordo, que es tan grande y tan fuerte que a la niña no podrá pasarle nada. El señor Linh está tranquilo. Ningún ladrón de niños se atrevería a meterse con un hombre tan corpulento y tan fuerte.

El señor Bark sigue fumando tanto como de costumbre, puede que más, si cabe. Pero ahora sólo fuma cigarrillos mentolados, que además le parecen excelentes. Cuando el señor Linh saca el paquete para dárselo, el señor Bark siempre siente un pequeño estremecimiento, un leve y agradable nudo en el estómago que le sube hasta la garganta. Entonces sonrío al anciano, le da las gracias, se apresura a abrir el paquete, le propina un golpecito en la parte inferior y saca un cigarrillo.

A veces pasean por las calles. No por la calle, sino por las calles, porque el señor Bark lo lleva por toda la ciudad, le enseña otros barrios, plazas, avenidas, callejas, lugares desiertos y otros llenos de tiendas y gente que entra y sale, como las abejas de una colmena.

Algunos ojos se quedan mirando a la curiosa pareja, al anciano, tan pequeño y en apariencia tan frágil, envuelto en todas sus capas de ropa, y a ese gigante que fuma como una locomotora, y a continuación se posan en Sang Diu, la maravilla del señor Linh, que la lleva en brazos como se lleva un tesoro.

Cuando las miradas son un tanto hostiles o demasiado insistentes, el señor Bark mira a su vez al curioso, frunce el ceño y tensa las facciones. En esas ocasiones parece realmente temible. Eso divierte al señor Linh. El mirón baja la cabeza y sigue su camino. Y el señor Bark y el señor Linh ríen de buena gana.

Un día, en el café, mientras saborea la extraña bebida, que todavía sigue subiéndosele un poco a la cabeza y produciéndole una lánguida calorina, como cuando tenemos fiebre pero sabemos que la enfermedad que anuncia no es nada grave, el señor Linh saca de un bolsillo su fotografía, la única que ha tenido en toda la vida. La ha cogido de la maleta esa misma mañana para enseñársela a su amigo. Se la tiende. El señor Bark comprende que es importante. La toma con infinita delicadeza entre sus gruesos dedos. La contempla.

Al principio no ve nada, porque los años y el sol han decolorado la imagen, desvaneciéndola hasta casi borrarla. Por fin, distingue a un hombre joven delante de una curiosa casa, ligera y erigida sobre postes de madera, y al lado del hombre una mujer más joven y muy hermosa, con el lustroso pelo recogido en una larga trenza. Ambos miran directamente a la cámara. No sonríen y se los ve un tanto rígidos, como asustados o impresionados por la ocasión.

Cuando el señor Bark examina el rostro del hombre con más atención, constata sin ningún género de duda que es el señor Taolai, el anciano que está sentado frente a él. Es el mismo rostro, los mismos ojos, la misma forma de la boca, la misma frente, pero treinta o cuarenta años atrás. Y al volver a mirar a la joven, comprende que se trata de la mujer del señor Taolai, seguramente fallecida como la suya, puesto que nunca la ha visto con

él. Entonces contempla las facciones de la mujer, joven, muy joven, y de una belleza a un tiempo humilde y misteriosa, misteriosa por humilde quizá, una belleza que se ofrece sin aderezos, con una sencillez ingenua y turbadora.

El señor Bark deja la fotografía en la mesa con cuidado, se lleva la mano al bolsillo interior de la chaqueta y saca la cartera, de la que también extrae una fotografía, la de su propia mujer, que sonríe con la cabeza ligeramente ladeada hacia la izquierda.

Sólo se ve el rostro, un rostro redondo y pálido, unos labios pintados y unos ojos grandes y entornados, debido a la sonrisa y sin duda también al sol, que le da directamente en la cara. Detrás, todo se ve verde. Probablemente se trata de un árbol. El señor Linh intenta reconocer las hojas, descubrir qué árbol es, pero no lo consigue. En su país no hay hojas como éstas. La mujer parece feliz. Es una mujer gorda y feliz. Debe de ser la esposa del hombre gordo. El anciano nunca la ha visto. Puede que trabaje sin parar. O puede... sí, puede que sea eso, puede que haya muerto. Está en el país de los muertos, como la suya, y quizá, se dice, quizá en ese lejano país su mujer y la mujer del hombre gordo se han encontrado, como se han encontrado ellos. La idea lo emociona. Lo reconforta. Espera que haya ocurrido así.

La niña duerme en el banco. El señor Bark enciende otro cigarrillo. Tiene los ojos brillantes. El señor Linh empieza a cantar la canción. Se quedan así un buen rato,

con las dos fotografías encima de la mesa, junto a las tazas vacías.

Cuando salen del café, el señor Bark lo coge del hombro y lo acompaña hasta la puerta del edificio en que se encuentra el dormitorio común, como todos los días desde hace tiempo. Una vez allí, los dos se despiden sin prisa diciendo «buenos días».

En el dormitorio nada ha cambiado. Las dos familias siguen allí. Los hombres se pasan el día y parte de la noche jugando a las cartas o al mah-jong, parloteando, riendo, insultándose y reconciliándose, a veces tomando vasitos de aguardiente de arroz hasta emborracharse.

Los niños mayores han empezado a ir a la escuela, de la que cada día vuelven con más palabras de la lengua de su nuevo país. Los pequeños las aprenden de ellos. Las tres mujeres se ocupan de la comida y la colada. Cada día el señor Linh sigue encontrando su cuenco junto al colchón. Da las gracias inclinando la cabeza. Ya nadie le presta atención ni le dirige la palabra, pero a él le da igual. No está solo. Tiene a Sang Diu. Y a su amigo el hombre gordo.

Un día, éste lo lleva al mar. Es la primera vez que el anciano ve el mar desde su llegada, meses atrás. El hombre gordo lo ha llevado al puerto, pero no al sitio en que desembarcó, aquel gigantesco muelle lleno de grúas, de cargamentos descargados, de camiones aparcados, de

almacenes con las puertas abiertas de par en par, sino a un lugar más tranquilo que describe una curva en la que el agua y los barcos de pesca componen un cuadro lleno de colorido.

Los dos amigos dan un paseo por el muelle y luego se sientan en un banco frente al mar. El invierno toca a su fin. El sol calienta con más fuerza. Cientos de pájaros se arremolinan en el cielo y de vez en cuando se precipitan sobre las aguas del puerto, de las que vuelven a elevarse con el destello plateado de un pez en el pico. En los barcos fondeados, los pescadores remiendan las redes. Algunos silban. Otros hablan fuerte, se llaman, ríen. Es un sitio muy agradable. El señor Linh respira. Respira hondo, con los ojos cerrados. Sí, no se equivocaba. Allí hay olores, olores de verdad, a sal, a aire, a pescado seco, a brea, algas y agua. ¡Qué bien huele! Es la primera vez que aquel país huele realmente a algo, que tiene un olor. Un olor que lo embriaga. En lo más profundo de su corazón, el señor Linh agradece a su amigo que le haya enseñado aquel sitio.

El anciano le quita un poco de ropa a su nieta. Luego la coloca entre el señor Bark y él. Sentada. Ella abre los ojos. Sus ojos miran el mar, la inmensa extensión de agua. El anciano también lo contempla. Vuelve a verse en el barco y, de pronto, un tropel de imágenes terribles, odiosas y magníficas se agolpa en su cabeza. Son como puñetazos que le llueven encima y le golpean el corazón,

el alma, el estómago, todo el cuerpo. Sí, al otro lado del mar, lejos, muy lejos, a días y días de distancia, todo eso existe. Todo eso existió.

De repente, el señor Linh levanta la mano y con el dedo señala el mar, la lejanía, el horizonte azul y blanco, y luego pronuncia en voz alta el nombre de su país.

Entonces el señor Bark, que está mirando en la misma dirección, siente en sus venas unas agujas de fuego que brotan y corren, y también a su mente acuden imágenes terribles, odiosas, inhumanas. También él pronuncia en voz alta el nombre del país que está al otro lado del mar, el país del señor Linh. Lo dice varias veces, en voz cada vez más baja, mientras sus hombros se hunden, mientras todo su cuerpo se derrumba, mientras se olvida de todo, incluso de encender otro cigarrillo, aunque acaba de dejar caer al suelo la colilla del último, esta vez sin aplastada con el tacón.

El señor Bark ya no es más que un hombre gordo y encorvado que repite débilmente el nombre del país del señor Linh, como si fuera una letanía, mientras sus ojos se llenan de lágrimas que ni siquiera intenta secar o detener con las manos, y esas lágrimas le resbalan por las mejillas, le humedecen la barbilla y la garganta y se deslizan bajo el cuello de la camisa para desaparecer en su piel.

El señor Linh se da cuenta. Posa la mano en el hombro de su amigo y los acude con suavidad. El señor Bark deja de mirar el mar y mira al anciano con sus

húmedos ojos.

-Conozco su país, señor Taolai, lo conozco...
-empieza el señor Bark, y su potente voz es apenas un hilo frágil, tenue, delgado, a punto de romperse-. Sí, lo conozco -repite volviendo a mirar el mar y el horizonte-. Estuve allí hace muchos años. No me atrevía a decírselo. No me pidieron mi opinión, ¿sabe? Me obligaron a ir. Era joven. No sabía nada. Había una guerra. No la de ahora, otra. Una de tantas. Porque parece que todas las guerras se ensañan con su país... -Hace una pausa. Las lágrimas siguen resbalando por su rostro-. Tenía veinte años. ¿Qué sabe uno a los veinte años? Yo no sabía nada. No tenía nada en la cabeza. Nada. Era un niño grande, nada más. Un niño. Y me pusieron un fusil en las manos, cuando casi no era más que un crío. Vi su país, señor Taolai, ya lo creo que lo vi... lo recuerdo como si me hubiera marchado ayer. Lo conservo todo dentro de mí, los olores, los colores, la lluvia, los bosques, las risas de los niños y también sus gritos. -Alza al cielo los ojos anegados en lágrimas y se sorbe la nariz ruidosamente-. Cuando llegué y vi todo aquello, me dije que el paraíso debía de ser parecido, aunque la verdad es que ya no creía demasiado en el paraíso. Y entonces nos ordenaron que sembráramos la muerte en ese paraíso con nuestros fusiles, nuestras bombas, nuestras granadas...

El señor Linh escucha al hombre gordo, que habla con voz suave mientras las lágrimas siguen brotando de sus ojos. Lo escucha con atención, buscando en las

inflexiones de su voz los signos, el comienzo de una historia y un significado, una entonación familiar. Piensa en la fotografía que le enseñó su amigo unas semanas antes. La fotografía de aquella mujer gorda y sonriente. Piensa también en la extraña noria que poco después fueron a ver al parque, girando y girando sobre sí misma sin cesar. Tenía un montón de caballitos de madera ensartados en barras metálicas. La noria daba vueltas. Los caballitos subían y bajaban. Los niños que iban montados en ellos reían y saludaban a sus padres con la mano. Sonaba una música fuerte y alegre. El hombre gordo le señaló cada parte de la noria sin dejar de hablar. Al parecer la conocía bien, y la amaba. El señor Linh no sabía por qué, pero lo escuchó con mucha atención, asintiendo de vez en cuando. En sus brazos, Sang Diu parecía feliz. La noria era un hermoso espectáculo. Al final, su amigo se acercó al individuo que la manejaba y le estrechó la mano. Intercambió unas palabras con él y luego ambos amigos abandonaron el parque. El hombre gordo permaneció en silencio largo rato.

El señor Linh observa a su amigo, que llora y habla. Comprende que la mujer de la fotografía y la noria de los caballitos de madera forman parte de su pasado, y deduce que es esa parte muerta de su existencia la que ha surgido bruscamente frente al mar, este día soleado y ya casi cálido.

-Todas aquellas aldeas por las que pasamos, en la jungla, aquella gente que vivía con nada y a la que

teníamos que disparar, aquellas casas, todas igual de frágiles, hechas de madera y paja, como la de su fotografía... El fuego devorándolas, los gritos, los niños que huían desnudos por los caminos, en medio de la noche iluminada por las llamas... -Se interrumpe. Sigue llorando. Siente náuseas. Unas náuseas que vienen de muy lejos, que lo remueven por dentro, lo abofetean, lo muelen a golpes, lo aplastan. La vergüenza le deja un sabor a hiel en la boca-. Le pido perdón, señor Taolai, perdón... por todo lo que le hice a su país, a su gente. No era más que un crío, un crío estúpido y cobarde que disparó, que destruyó, que seguramente mató... Soy un canalla, un auténtico canalla...

El señor Linh mira a su amigo. Un sollozo enorme, interminable, como surgido de la última palabra que acaba de pronunciar, sacude al hombre gordo. No se tranquiliza. Tiembla como un barco zarandeado por la tempestad. El señor Linh intenta rodearle los hombros con el brazo, pero no lo consigue, porque su brazo es demasiado pequeño para las anchas espaldas de su amigo. Le sonrío. Se esfuerza en transmitir muchas cosas en esa sonrisa, más cosas de las que ninguna palabra podrá contener jamás. Luego se vuelve hacia el mar, dándole a entender que también debe mirar allí, a lo lejos, y a continuación, con una voz que no es triste sino completamente alegre, repite el nombre de su país, que

de pronto suena como una esperanza y no como un dolor, y rodea a su amigo con los brazos, sintiendo el cuerpo de Sang Diu protegido y no aplastado entre los suyos.

Tres días después, el señor Bark invita al señor Linh a un restaurante. Es un sitio grandioso, con infinidad de mesas e infinidad de camareros. El señor Bark hace sentarse a su amigo, que mira deslumbrado a su alrededor. En su vida ha visto un sitio tan magnífico. El señor Bark pide una trona, en la que sientan a Sang Diu. A continuación se dirige a un hombre vestido con un extraño atuendo negro y blanco, que apunta cosas en una libreta, se inclina y se va.

-¡Ya verá cómo nos vamos a poner, señor Taolai!

El señor Bark despliega la amplia servilleta blanca que hay al lado de su plato y se la anuda alrededor del cuello.

El señor Linh lo imita y, acto seguido, hace otro tanto con la niña, que está tan tranquila en su sillita, sin decir nada.

-Mi mujer y yo veníamos aquí de vez en cuando -explica el señor Bark-. Cuando queríamos darnos un capricho...

Su voz se apaga. Se produce un silencio. Luego vuelve a hablar, pero con lentitud. A veces hace una larga pausa, como si fuera a buscar las palabras en lo más profundo de sí mismo y le costara encontradas.

Camina por un sendero difícil, se dice el señor Linh, que escucha la voz del hombre gordo, una voz que se le ha hecho muy familiar pese a no comprender lo que dice. La voz de su amigo es profunda y ronca. Parece despeñarse entre piedras y grandes rocas; como los torrentes de montaña antes de llegar al valle, antes de hacerse oír, de reír, de gemir a veces, de hablar fuerte. Es una música que se adapta a todo lo que ofrece la vida, a sus caricias y sus asperezas.

El señor Bark se interrumpe. Echa atrás la cabeza y se pasa la gruesa mano por la frente. Mira las nubes por el ventanal del restaurante.

-Qué grande es el cielo... -murmura. Luego se inclina hacia su amigo y con voz grave dice-: Estoy tan contento de estar aquí con usted, señor Taolai...

El camarero vuelve con los platos. El señor Bark ha pedido lo mejor. Todo le parece poco. Se acuerda de la tarde del puerto, de todo lo que le salió del corazón y todo lo que dijo, y también del gesto del anciano cuando él se quedó callado, sufriendo y avergonzado. Eso no tiene precio.

El señor Bark y el señor Linh comen y beben. Éste prueba cosas que ni siquiera sospechaba que existieran. No conoce nada, pero todo le sabe delicioso. Bebe a pequeños sorbos el vino que le sirve el hombre gordo. Está un poco mareado. Las mesas se mueven. Ríe. En ocasiones intenta que su nieta pruebe un bocado, pero la niña no tiene hambre. Sigue tan tranquila, mas no quiere

tragar. El señor Bark los mira sonriendo. Los demás clientes se vuelven de vez en cuando y los observan. Al señor Bark le trae sin cuidado.

Después de los postres, cuando el camarero ha recogido la mesa, el hombre gordo se inclina hacia el suelo, recoge la bolsa que dejó junto a la silla al sentarse, saca un paquete muy bonito y se lo tiende al señor Linh.

-¡Un regalo! -exclama. Y como el anciano duda, añade-: Sí, señor Taolai, es para usted. Un regalo. ¡Cójalo, por favor! -El señor Linh lo hace con manos temblorosas. No está acostumbrado a recibir regalos-. ¡Vamos, ábralo! -y lo anima haciendo el gesto de abrir un envoltorio.

El anciano desenvuelve el paquete con cuidado. Tarda lo suyo, porque lo hace meticulosamente y sus dedos ya no son muy hábiles. Una vez retirado el papel de regalo, aparece en sus manos una caja preciosa.

-¡Vamos, vamos! -le urge el señor Bark mirándolo y sonriendo.

El señor Linh levanta la tapa de la caja. En el interior hay una fina hoja de seda de un rosa muy pálido. La aparta. El corazón le da un vuelco y ahoga un grito. Ante sus ojos ha aparecido un vestido de princesa, delicado, suntuoso, plegado con gracia. Un vestido deslumbrante. ¡Un vestido para Sang Diu!

-¡Va a estar preciosa! -exclama el señor Bark señalando a la pequeña con los ojos.

El señor Linh apenas se atreve a tocar el vestido. Le

da miedo estropeado. Nunca ha visto un traje tan bonito. Y el hombre gordo acaba de regalárselo a su nieta. Un movimiento nervioso agita los labios del anciano, que no puede contenerlo. Deja el vestido en la caja, vuelve a cubrirlo con el papel de seda y coloca la tapa. Coge las manos del señor Bark y las aprieta entre las suyas con fuerza. Con mucha fuerza... Durante un buen rato. Luego coge a Sang Diu en brazos. Los ojos del señor Linh brillan; mira a su amigo, mira a la niña, y su voz, frágil, un poco rota y temblorosa, se eleva en el restaurante:

**La mañana siempre vuelve,
siempre vuelve con su luz,
siempre hay un nuevo día,
y un día serás madre tú.**

La canción ha acabado. El señor Linh se inclina ante el señor Bark, como para saludado.

-Gracias, señor Taolai -dice éste.

Al caer la tarde, el señor Bark lo acompaña a casa. Hace un tiempo agradable. El aire no es muy frío. El invierno toca a su fin. Cuando llegan ante el edificio del dormitorio común, se despiden como todos los días: el señor Bark le dice «adiós» al señor Buenos Días y el señor Linh le dice «buenos días» al señor Bark.

Y el anciano, feliz, sube al dormitorio estrechando a la niña contra su pecho.

Al día siguiente, cuando el señor Linh se dispone a abandonar el dormitorio para reunirse con su amigo, aparece la mujer del muelle acompañada por la joven intérprete. Vienen a buscarlo. Tiene que acompañarlas. Lo espera el médico. Ya se lo habían dicho. Es el procedimiento habitual. Después lo llevarán a la oficina para los refugiados para rellenar unos documentos.

El señor Linh está contrariado, pero no se atreve a decirlo. ¿Qué pensará el señor Bark? Pero las mujeres ya lo han cogido del brazo.

-¿Puedo llevarme a mi nieta? -le pregunta a la joven intérprete.

La chica se lo traduce a la mujer del muelle, que mira a la niña, duda un instante y responde algo.

-No hay ningún problema, tío -traduce la joven.

El señor Linh le dice que en ese caso necesita unos minutos para arreglarla. Un médico es una persona importante. Quiere que se lleve una buena impresión de ellos. Coge la caja que le ha regalado su amigo. Saca el hermoso vestido y se lo pone a Sang Diu. Está guapísima, como una auténtica princesita. Las dos mujeres lo observan sonriendo mientras acaba de vestirla. Los niños pequeños del dormitorio se han acercado para ver el vestido, pero sus madres los llaman con tono malhumorado.

Un coche los lleva por calles que el anciano nunca ha visto. Es la primera vez que sube a un coche. Está asustado. Se acurruca en la esquina del asiento y rodea a

su nieta con los brazos. Ella no parece inquieta. Su hermoso vestido brilla a la luz del sol. ¿Por qué van tan deprisa? ¿De qué sirve correr tanto? El señor Linh recuerda el ritmo de las carretas tiradas por búfalos, su parsimonioso y pronunciado balanceo, que a veces te hace adormecer y a veces soñar despierto, y el paisaje, que cambia con serena lentitud, una lentitud que permite mirar el mundo realmente y ver los campos, los bosques, los ríos, y hablar con quienes te encuentras, escuchar su voz, intercambiar noticias... El coche es como un baúl arrojado desde lo alto de un puente, en cuyo interior uno se ahoga y no oye más que un rumor sordo y amenazador. El paisaje se mueve y da vueltas. Es imposible contemplarlo. El señor Linh tiene la sensación de que van a estrellarse en cualquier momento.

El médico es un hombre joven y alto. La mujer del muelle entra en la consulta con el señor Linh. La intérprete los sigue. La mujer del muelle habla con el médico y después se va. La chica se queda para traducir. El médico mira a la niña en los brazos del anciano y le pregunta algo a la joven. Ésta responde. El médico asiente. Luego sigue haciendo preguntas, que la joven traduce para el señor Linh.

-¿Cuántos años tiene, tío?

-Soy viejo -responde el señor Linh-, muy viejo. Nací el año del tornado que devastó la aldea.

-¿No sabe qué edad tiene? -insiste la chica, asombrada.

-Sé que soy viejo y ya está. Saber cuántos años tengo no me serviría de nada.

La joven habla con el médico, que toma algunas notas. Las preguntas se suceden. La joven traduce. ¿Lo han operado alguna vez? ¿Tenía médico en su país? ¿Seguía algún tratamiento? ¿Tiene hipertensión? ¿Y diabetes? ¿Tiene problemas de oído? ¿Y de visión?

El anciano, que no entiende la mitad de las palabras que dice la joven, la mira asombrado.

-Tú no conoces el país -le dice al fin-. La única vez que he visto a un médico fue hace mucho tiempo, cuando me llamaron a filas. En la aldea nos cuidamos nosotros mismos. Si la enfermedad es leve, nos curamos. Si es grave, nos morimos. Eso es todo.

La joven se lo traduce al médico. Éste responde algo. La joven dice al señor Linh que el médico quiere examinarlo. Tiene que desnudarse. Ella se quedará al otro lado del biombo.

El anciano le confía a Sang Diu. La desliza suavemente en los brazos de la chica, que la coge con cuidado y hace un comentario amable sobre el vestido. El señor Linh se emociona. Piensa en su amigo el hombre gordo.

El médico lo palpa. Desliza las manos por la oscura y lisa piel de su descarnado cuerpo. Le hace abrir la boca, le mira los ojos y las fosas nasales, le coloca extraños aparatos en el torso y alrededor de los brazos, le golpea las rodillas con un martillito, le palpa el vientre...

Por fin, le indica que puede vestirse.

Cuando vuelve junto a la intérprete, ve al médico sentado, escribiendo en un papel. El joven tarda un buen rato en levantarse.

-Ya está, tío -dice la chica-. Podemos marcharnos -añade volviéndose hacia la puerta.

Pero el señor Linh la detiene.

-¿ Y la niña? El doctor ni siquiera la ha mirado...

La intérprete no responde. Parece reflexionar. Al cabo de unos instantes, vuelve a hablar con el médico. Éste asiente.

-Va a examinarla, tío. Ha hecho usted bien en pedirlo.

El anciano le quita el vestido a Sang Diu y se la tiende al médico. Éste la coge y la extiende en la camilla. La pequeña no rechista. El señor Linh le habla para tranquilizarla. El médico se mueve con gestos pausados que no asustan a la niña. Le examina los ojos y los oídos, escucha su cuerpo, le pone las manos sobre el estómago... Por fin, se vuelve, sonrío al anciano y habla con la chica.

-El médico dice que está perfectamente sana, tío. No tiene por qué preocuparse. También ha dicho que es un bebé precioso.

El señor Linh sonrío, contento y orgulloso. Viste a la niña. El tacto del vestido es tan suave como una piel.

Cuando las dos mujeres lo acompañan hasta el

dormitorio común ya es bastante tarde. La noche ha caído hace rato. Ya no son horas de salir. Además, el señor Bark se habrá ido del banco. Debe de estar preocupado, preguntándose qué ha ocurrido.

-Mañana vendrán a buscarlo, tío -le anuncia la chica antes de marcharse-. Es su última noche aquí. Van a llevarlo a un sitio donde estará cien veces mejor, mucho más tranquilo y más a gusto.

El señor Linh se queda consternado.

-Aquí estoy bien, no quiero marcharme...

La joven se lo traduce a la mujer del muelle. Las dos hablan unos segundos.

-No se puede hacer nada -le explica al anciano-. Además, se marchará todo el mundo. El dormitorio cerrará pronto. Pero no se preocupe, no se va lejos. Seguirá en la ciudad.

La última frase tranquiliza un tanto al señor Linh. Seguirá en la ciudad. Podrá seguir viendo a su amigo. Se lo pregunta a la joven. Es como una petición.

-¡Claro que podrá seguir viéndolo! Esté preparado mañana. Vendremos a buscado.

Las ideas se atropellan en la cabeza del señor Linh. Todo aquello es demasiado rápido para él: el médico, el traslado...

-Pero no nos separarán, ¿verdad?

La pregunta se le ha escapado como un grito. Estrecha a su nieta contra el pecho. Está dispuesto a pelear, arañar, morder, luchar hasta sus últimas fuerzas.

-¡Qué ocurrencia, tío! ¡Por supuesto que no! Estarán los dos juntos siempre, no se preocupe.

El señor Linh se calma. Se sienta en el borde del colchón. No vuelve a abrir la boca. Las dos mujeres se quedan unos instantes en el dormitorio; luego, la joven le recuerda:

-¡No lo olvide! ¡Mañana por la mañana esté preparado!

Y se marcha con la mujer del muelle.

El anciano apenas pega ojo. La niña duerme apaciblemente a su lado, pero eso no lo sosiega. Esa noche le recuerda la última que pasó en su país, rodeado de oscuridad y miedo.

Caminó durante días. Tras abandonar la aldea, que ya no era más que cenizas, se dirigió al mar con Sang Diu en brazos. Cuando al fin llegó, comprendió que casi todos los campesinos supervivientes se habían marchado como él y estaban allí, desorientados, con las manos vacías, sin más posesiones que la ropa que llevaban puesta. En aquel momento, el señor Linh se sintió mucho más rico que la mayoría. Él tenía a su nieta, sangre de su sangre. Y tenía su pequeña maleta con algunas pertenencias, la vieja fotografía, el saquito de tela con un poco de tierra de la aldea, negra y esponjosa, la tierra que había trabajado durante toda su vida, como su padre antes que él y su abuelo antes que su padre, una tierra que los había alimentado y recibido en su seno.

Los alojaron en un campamento de barracas. Eran centenares de personas hacinadas unas contra otras, calladas, con miedo de hacer algún ruido, de intercambiar unas palabras. Algunos murmuraban que iban a matarlos a todos, que el barco no llegaría, que los pasadores a los que habían entregado sus últimas monedas les cortarían el cuello a todos, o los dejarían allí, abandonados a su suerte.

El señor Linh pasó la noche estrechando a Sang Diu contra su pecho. A su alrededor todo era miedo e incertidumbre, respiraciones anhelosas, pesadillas... Luego llegó la mañana con su luz. Y al atardecer avistaron el barco, un barco desvencijado que luego se pasó días navegando a la deriva, bajo el espantoso calor de un sol que aplastaba el casco y la cubierta antes de, al final del día, hundirse en el agua muy despacio, como un astro muerto.

El señor Linh oye a los dos hombres jugar a las cartas en la otra punta del dormitorio y contarse historias en voz baja. Son relatos de tesoros y herencias fabulosas, de tinajas repletas de piastras enterradas en algún remoto lugar del país natal. Sueñan en voz alta mientras juegan sus cartas. El anciano piensa en lo que dicen. Piensa en lo que realmente es su país, y en lo que realmente es un tesoro. Abraza a su nieta. Se duerme.

A la mañana siguiente lo tiene todo empaquetado. Ha hecho la maleta y guardado la ropa que le dieron en

la oficina para los refugiados. Espera. Está listo. La niña también está lista, vestida con ropa sencilla, la camisa de algodón, un jersey, unos leotardos y un pantaloncito. El vestido que le regaló el señor Bark está cuidadosamente plegado dentro de la maleta, con la fotografía y el saquito que contiene el puñado de tierra.

La mujer del muelle y la joven intérprete llegan sobre las diez.

-Venimos a buscarlo, tío -dice la chica tras darle los buenos días.

El señor Linh se levanta. Se siente pesado. No es que aquel dormitorio común sea un sitio muy acogedor, pero había acabado por cogerle cariño. Casi sin darse cuenta, había reconstruido en él algo así como la parte superviviente de una casa muerta.

Les dice adiós a las tres mujeres, que se vuelven para mirarlo, y a los hombres, que siguen enfrascados en su partida.

-¡Eso, adiós! ¡Que le vaya bien, tío! -responden las mujeres sonriendo maliciosamente-. ¡Y sobre todo cuide de la niña! ¡Los críos son muy delicados!

En cuanto a los hombres, alzan una mano en el aire y la agitan sin mirado. Eso es todo.

En el coche, el anciano no las tiene todas consigo. Ve pasar calles que no reconoce. Ha empezado a llover con fuerza. El agua resbala por los cristales de las ventanillas. La ciudad parece diluirse tras esa pantalla móvil que alarga las formas y emborrona y mezcla los

colores.

El viaje es largo. El señor Linh no imaginaba que la ciudad fuera tan grande. Nunca acaba. Las dos mujeres cambian unas palabras de vez en cuando y vuelven a guardar silencio. La joven intérprete le sonríe como para tranquilizarlo. En cuanto al taxista, no abre la boca. Se limita a hacer que el coche se deslice por la corriente del tráfico.

Al fin, llegan. El taxi se detiene ante una gran verja de hierro forjado. El conductor hace sonar el claxon. Un hombre abre un portillo. El taxista baja la ventanilla y le dice unas palabras. El hombre regresa al interior y, al cabo de unos segundos, como por arte de magia, la verja se abre. El coche enfila una larga avenida de gravilla que serpentea por un parque. Al fondo, sobre un altozano, se ve una mansión. Ha parado de llover. El señor Linh se apea y eleva los ojos. Las torres de la mansión son inmensas. Parecen perderse en el cielo. Es un edificio majestuoso.

-Ésta es su nueva casa, tío -le dice la joven intérprete.

-¿Esto? -pregunta incrédulo el señor Linh, sin poder apartar los ojos de las torres que se alzan sobre su cabeza.

-Sí, aquí estará muy bien. Mire qué parque tan grande y tan bonito para pasear. Y por el otro lado se ve el mar. Ya verá, es magnífico.

-El mar... -murmura el señor Linh sin comprender

realmente.

La mujer del muelle lo coge del brazo y lo acompaña al interior. La entrada es gigantesca. Un hombre sale a su encuentro, y la mujer le da explicaciones indicándole al señor Linh. En una esquina hay una maceta con una palmera. En otra, tres viejos ataviados con gruesas batas azules y sentados en sendos sillones. Miran al señor Linh con ojos muertos. Todo en ellos parece muerto.

El señor Linh estrecha a su nieta. Piensa en su amigo el hombre gordo y en cuánto le gustaría verlo aparecer en ese preciso instante. ¡Qué feliz lo haría! Pero lo único que aparece es una mujer vestida con una bata blanca. El hombre le dice unas palabras. Ella asiente y a continuación habla con la mujer del muelle y la joven intérprete.

-Venga, tío, vamos a llevarlo a su habitación.

La mujer de blanco quiere cogerle la maleta, pero el señor Linh aprieta el asa con fuerza y niega con la cabeza. La mujer no insiste. Se pone en marcha y los invita a seguida. Recorren infinidad de pasillos y escaleras. De vez en cuando se cruzan con hombres y mujeres vestidos con idénticas batas azules; todos son muy viejos y se desplazan con silenciosa lentitud. Miran al señor Linh con ojos apagados. Algunos caminan apoyándose en bastones, muletas o en un curioso aparato que empujan ante sí.

-Mire, tío... Éste será su cuarto a partir de ahora.

Acaban de entrar en una habitación con las paredes pintadas de ocre. Bastante amplia, luminosa, limpia. Hay una cama, una mesita, una silla, un sillón, un aseo... La mujer de blanco descorre la cortina. Fuera, el viento mece la copa de un gran árbol.

-¡Qué vista tan bonita! Acérquese a mirar, tío.

Él se acerca a la ventana. Árboles, el parque con sus macizos de césped, verdes como hojas de banano, y a lo lejos los tejados de la ciudad, innumerables, apretados unos contra otros, la ciudad derramada sobre las colinas, con sus calles, sus multitudes y sus coches que la surcan en todas direcciones, su rumor de motores y bocinas, y allí, en algún sitio, no sabe dónde, en medio de aquella inmensidad, su amigo el hombre gordo, que no lo ve desde hace dos días y seguramente está preocupado por él.

-Vendremos a visitarlo con regularidad. Ya verá, la gente de aquí es muy amable, lo cuidarán bien. No le faltará de nada. -La joven le sonrío.

-¿Y mis cigarrillos? -pregunta el señor Linh.

La chica se dirige a la mujer del muelle y luego a la mujer de blanco. Las tres hablan entre sí. La joven intérprete se vuelve hacia el anciano.

-Aquí está prohibido fumar, tío. Ya sabe que fumar es muy malo para la salud...

De pronto, el señor Linh se siente triste, como si acabaran de abrirle el cuerpo para sacarle un órgano

inútil y al mismo tiempo esencial. Sí, siente un vacío interior. Un enorme cansancio invade todo su ser. Pero no quiere que la niña se dé cuenta. Tiene que ser fuerte por ella. Sang Diu lo necesita. Es tan pequeña y tan frágil todavía... Él no tiene derecho a ser débil, ni a quejarse de su mala suerte.

-Todo irá bien -le dice a la joven.

Poco después, cuando la intérprete, la mujer del muelle y la mujer de blanco se marchan y lo dejan solo con su nieta, el señor Linh contempla las paredes de la habitación, desnudas y acres. De pronto se acuerda de las grandes jaulas que ha entrevisto en el parque al que acuden las familias y los niños. Y a continuación, como una flecha invisible disparada a su corazón, vuelve a ver la inmensidad de los arrozales que, arrimados a la montaña, extendían sus verdes penachos hasta el mar, que estaba allí, en la lejanía, aunque nunca lo hubieras visto.

Se sienta en la cama y se coloca a la niña en las rodillas. Le acaricia la frente y las mejillas, le pasa los delgados y nudosos dedos por los labios, le roza los párpados... Cierra los ojos y murmura la canción.

Cuando se oculta el sol, la mujer de blanco vuelve a la habitación. Le trae un pijama y una bata azul. Le hace entender que tiene que ponerse esa ropa. Cruza los brazos y se queda esperando. El señor Linh deja a su nieta en la cama y se dirige al lavabo. Se pone el pijama

y la bata, que le sienta demasiado grande. Le llega casi al suelo. Es una prenda curiosa. Cuando vuelve a la habitación, la mujer de blanco lo mira y sonrío, pero la suya no es una sonrisa burlona, sino divertida y afectuosa. Coge la ropa vieja que llevaba el señor Linh y se va.

El anciano se siente raro. Detrás de la puerta de la habitación hay un espejo grande. Se mira y ve una marioneta con un largo vestido azul. La marioneta parece perdida dentro del vestido, cuyas mangas le ocultan las manos. Su cara es infinitamente triste.

Cae la noche. El señor Linh se ha sentado en la cama y ha cogido en brazos a su nieta. La mece. La mujer de blanco vuelve y le indica que la siga. Camina muy deprisa. Él trota detrás de ella procurando no pisar los faldones de la bata, que se abren y se cierran una y otra vez. Recorren infinidad de pasillos y escaleras hasta llegar a una gran sala. Hay unas treinta mesas y, sentados a su alrededor, decenas y decenas de ancianos y ancianas, todos vestidos con idénticas batas azules y tomando sendos platos de sopa.

La mujer de blanco lo acompaña hasta un sitio libre. El señor Linh se sienta entre dos hombres. Frente a él, otros dos hombres flanquean a una mujer. Nadie levanta los ojos. Le traen un plato de sopa. Tiene a Sang Diu sentada en las rodillas. Le pone la servilleta alrededor del cuello, pero la niña parece tan desganada como él: la sopa le rebosa de los labios y le resbala por la barbilla. Él

le limpia la cara, vuelve a intentarlo y, para darle ejemplo, se toma varias cucharadas.

Los demás comensales no le prestan la menor atención. No miran nada. La mayoría tiene la cabeza inclinada sobre el plato. Otros, la mirada perdida en un punto muy lejano de la sala. Algunos, presa de un perpetuo tembleque, se ponen perdidos de sopa. Nadie habla. Reina un silencio extraño. No se oye más que el tintineo de las cucharas en los platos, ruidos de bocas que sorben y algún que otro estornudo. Nada más.

El señor Linh se acuerda del dormitorio común, de las maliciosas mujeres, de sus maridos jugadores, de sus bulliciosos hijos, y se sorprende echándolos de menos, echando de menos a aquellas dos familias que hablaban su lengua, aunque prácticamente no le dirigían la palabra. Pero al menos seguía escuchando la cadencia de las palabras de su tierra, su hermosa melopea aguda y nasal. Todo eso ha quedado atrás. ¿Por qué se ve obligado a alejarse de tantas cosas? ¿Por qué el final de su vida no es más que desaparición, muerte, entierro?

Recuesta a la niña contra su pecho. La cena ha terminado. Los viejos se levantan arrastrando las sillas y se van unos tras otros. La sala se vacía. El señor Linh no tiene fuerzas para levantarse. Es la mujer de blanco quien viene a buscado y lo acompaña a su habitación. Le dice unas palabras y se va.

El anciano se acerca a la ventana. El viento ya no agita el árbol, pero la noche ha hecho brotar en la ciudad

miles de luces que titilan y parecen desplazarse. Son como estrellas caídas que intentasen alzar el vuelo para regresar al firmamento. Pero no pueden. No es posible volver a lo que se ha perdido, piensa el señor Linh.

Pasan los días. El anciano ha aprendido a conocer su nueva casa, el dédalo de pasillos y escaleras, la situación del comedor y la sala de los sillones, como la llama él, porque en esa habitación no hay otra cosa. Sillones que esperan. También se ha aprendido las horas en que debe ir al comedor. Se sienta siempre en el mismo sitio, en la misma mesa, con los mismos viejos mudos. Se ha acostumbrado a la bata azul, hasta tal punto que ahora la tela sobrante le parece una ventaja, porque le permite arropar a la niña cuando la pasea por la mansión y hace un poco de frío.

Lo más chocante de su nuevo hogar es que todos visten exactamente igual pero muestran una absoluta indiferencia hacia los demás, como los viandantes en las aceras de la ciudad. Nadie mira a nadie. Nadie habla con nadie. Muy de vez en cuando estalla una pelea entre dos internos, que discuten no se sabe por qué, hasta que aparece una mujer de blanco y los separa.

El señor Linh hace todo lo posible por evitar a una anciana que lo siguió por el parque. Se acercó a él sin que se diera cuenta, agarró a la niña e intentó arrebatársela. Tiraba de ella y se reía, pero el señor Linh consiguió rechazarla y se alejó a toda prisa, mientras la

vieja lo perseguía chillando por los senderos. Él se escondió detrás de unos arbustos y tranquilizó a la niña susurrándole al oído. La vieja pasó de largo. Desde entonces, en cuanto ve a esa loca, el señor Linh da media vuelta.

El parque es enorme y el tiempo cada día es más cálido. El señor Linh pasa la mayor parte del día fuera, al sol. A veces se quita la bata y se queda en pijama -el pijama de día, porque le han hecho entender que hay un pijama para el día y otro para la noche-, pero enseguida aparece una mujer de blanco que le dice que tiene que ponerse la bata. Él se la pone sin rechistar.

Cuando contempla la ciudad, siempre piensa en su amigo el hombre gordo. Y cuando mira el mar, siempre piensa en su lejano país. De modo que tanto ver el mar como ver la ciudad lo ponen triste. El tiempo pasa y va creando un doloroso vacío en su interior. Por supuesto, tiene a su nieta y debe ser fuerte por ella, poner buena cara y cantar la canción como si tal cosa. Tiene que mostrarse alegre, sonreírle, hacerle comer, procurar que duerma bien, que crezca, que se convierta en una hermosa niña. Pero el tiempo pasa y hiere el alma del anciano, le roe el corazón y le acorta el aliento.

Le gustaría tanto volver a ver a su amigo... Tendría que preguntarle a la intérprete qué hacer para volver a verlo, pero ni la joven ni la mujer del muelle han regresado. Así que, después de pensarlo mucho, decide apañárselas solo, volver a la ciudad, buscar la calle del

dormitorio común, del banco y el parque, y quedarse en el banco el tiempo que haga falta hasta volver a ver a su amigo.

El señor Linh espera un día favorable, un día muy soleado. Y ese día llega. Él lo tiene todo previsto. Se irá después de la comida del mediodía. Llega al comedor entre los primeros, se acaba su plato y repite dos veces, porque sabe que necesitará fuerzas. Una de las mujeres de blanco se acerca, le pone la mano en el hombro y sonríe viéndolo comer. Sus compañeros de mesa se muestran tan indiferentes como de costumbre; sus pupilas son como cuentas de cristal en el centro de charquitos de agua con los bordes un poco enrojecidos. Se desentiende de ellos y come y come hasta sentirse lleno, lleno y fuerte. Ya puede irse. Sí, ya puede irse.

Sang Diu se ha quedado dormida sobre su hombro. El anciano ha salido del comedor y camina con paso vivo por la avenida principal del parque, la que recorrió en coche el día de su llegada. A medida que se aleja de la mansión, va dejando de cruzarse con internos y ya sólo ve pájaros que salen volando de los bosquecillos, cazan lombrices en los cuadros de césped y brincan por la gravilla silbando de vez en cuando.

Ve la alta verja de hierro forjado, junto a la que se alza una pequeña garita. La verja está cerrada, pero en el muro, a unos tres metros de ella, hay una portezuela entreabierta. Se dirige hacia allí. Pero en el preciso instante en que pone la mano en el picaporte y empuja la

portezuela, alguien grita a sus espaldas. Al volverse ve a un hombre que sale de la garita y avanza rápidamente hacia él. El hombre le habla, pero el señor Linh tiene la sensación de que le ladra. Lo reconoce: es el que abrió las dos hojas de la verja el día de su llegada, después de cambiar unas palabras con el taxista.

El señor Linh no se amilana y sigue empujando la puerta. Ya ve la calle, pero el hombre de la garita, que no se cansa de ladrar, se abalanza sobre la puerta, la cierra de golpe, se planta delante y le da un empujón.

-Quiero salir -dice el anciano-. Tengo que ver a un amigo.

Por supuesto, el hombre no lo entiende. No conoce la lengua de su país, pero él sigue hablándole de todos modos, diciéndole que necesita salir, que debe hacer algo, que tiene que dejado pasar.

El hombre de la garita lo mantiene alejado con el brazo extendido y la mano apoyada en su frágil pecho. Al mismo tiempo, habla por un aparato que sostiene en la otra mano y que crepita de vez en cuando. Al cabo de unos instantes se oyen pasos precipitados en el sendero que viene de la mansión. Son dos mujeres de blanco, seguidas por un hombre, también de blanco.

-Quiero salir -repite el señor Linh. Lo rodean. Las dos mujeres tratan de calmarlo y llevárselo, pero él no se deja. Agarra el picaporte con una mano, mientras con la otra sujeta a la niña por la cintura para que no se caiga.

Las dos mujeres empiezan a perder la sonrisa y la paciencia. En ese momento, el hombre de blanco se acerca y, uno tras otro, desprende del picaporte los dedos del señor Linh. Ahora lo tienen sujeto entre todos, pero él se debate con todas sus fuerzas. Una de las mujeres saca del bolsillo de la bata una cajita metálica de forma rectangular. La abre y extrae una jeringuilla, cuyo nivel comprueba haciendo salir unas gotas por la aguja. Levanta la manga izquierda de la bata del señor Linh, luego la del pijama y le pincha en el brazo.

Poco a poco, el anciano deja de forcejear y de hablar. Siente que su cuerpo se afloja y se llena de calor. Los árboles giran a su alrededor. Las caras que lo rodean se deforman y se alargan. Las voces adquieren una resonancia algodonosa, y la avenida de gravilla se convierte en una culebra de agua cuyas escamas relucen perezosamente en el azul de cielo. Antes de desvanecerse del todo, le da tiempo a ver que una de las mujeres, no la que lo ha pinchado sino la otra, se apodera de Sang Diu y la coge en brazos. Más tranquilo al saber que la niña no va a caerse, el señor Linh se deja ir por la empinada pendiente del sueño artificial.

Es una noche interminable. Una noche como no ha vivido otra. Parece durar un siglo, pero su negrura no tiene nada de inquietante. Al principio, el anciano tiene la sensación de estar en una de las grutas que horadan la montaña encima de la aldea y sirven de guarida a los

murciélagos. Él avanza por la gruta hacia un punto lejano que brilla con una blancura incandescente. Mientras camina, siente que su cuerpo recupera las fuerzas. Sus músculos se mueven con presteza. Sus piernas son firmes y lo llevan maravillosamente. Cuando llega a la entrada de la gruta, la luz lo deslumbra. El sol se filtra entre el follaje de los grandes árboles, en cuyas ramas chillan los monos y trinan los pájaros. El anciano parpadea. Toda esa luz lo ciega y al mismo tiempo le produce una alegría inmensa, indescriptible. Una alegría infantil.

Cuando sus ojos se habitúan, advierte la presencia de un hombre sentado en una roca a unos metros de él. Está de espaldas, contemplando el paisaje del bosque. Fuma. La hojarasca cruje bajo los pies del señor Linh. El hombre se vuelve y lo ve. Sonríe y asiente con satisfacción. El anciano ve que el hombre de la roca es su amigo el hombre gordo y también sonríe.

-Cuánto ha tardado... ¡Ya me he fumado diez cigarrillos! Empezaba a preguntarme si vendría... -dice el hombre gordo con fingido enojo. El señor Linh comprende perfectamente las palabras de su amigo y ni siquiera se sorprende.

-Es que el camino es largo. Andaba y andaba, pero parecía que no iba a llegar nunca -responde. Por lo visto, el otro también entiende lo que dice el señor Linh, y tampoco se sorprende-. Tenía miedo de que se hubiera marchado, de que no me hubiera esperado...

-¿Bromea? -replica su amigo-. Con lo contento que me pongo cada vez que lo veo... Si hubiera hecho falta, habría esperado días.

Las palabras del hombre gordo consiguen conmover al anciano, que lo estrecha entre sus brazos.

-Venga -le dice simplemente.

Los dos amigos se ponen en camino. Toman un sendero que desciende serpenteando por el bosque. El día es de una belleza sin igual. El aire huele a tierra húmeda y amancayo. Los fragmentos de musgo parecen cojines de jade bordados y los bambúes tiemblan agitados por mil pájaros. El señor Linh va en cabeza. De vez en cuando se vuelve hacia su amigo y, con unas palabras o un gesto, le señala una raíz con la que podría tropezar o una rama que podría golpearlo.

El bosque da paso a la llanura. Los dos hombres se detienen en el lindero y sus miradas abarcan la extensión verde que se despliega hasta el lejano y tembloroso azul del mar.

En los arrozales, las mujeres cantan mientras trasplantan brotes jóvenes, con los pies sumergidos en el agua cálida y cenagosa. Los búfalos meditan cabizbajos, mientras sobre sus lomos los espulga bueyes se pavonean y se alisan las blancas plumas. Unos niños intentan cazar ranas gritando y azotando el agua con varas de sauce. En el cielo, las golondrinas escriben invisibles poesías en la suave brisa.

-¡Qué bonito! -exclama el hombre gordo.

-Es mi país -dice el señor Linh haciendo un amplio gesto con la mano, como si fuera el dueño de todo.

Toman un sendero ancho y prosiguen la marcha. Cada tanto se cruzan con campesinos que vuelven del mercado con las pértigas vacías. La venta ha sido buena. El señor Linh los saluda, les presenta a su amigo e intercambia unas palabras con ellos. Luego se despiden deseándose mucha felicidad.

Cuando avistan la aldea, los sigue toda una tropa de niños, a los que el anciano increpa y regaña. Pero en sus palabras no hay irritación, porque esos niños que chillan, esa tropa de piel oscura, ojos negros y cabellos de tinta que desafían al sol, de vientres redondos, sonrisas de leche y pies descalzos, son los brotes jóvenes, las albas de los días venideros, los arroyos de savia de su aldea, de su país, de su tierra, que ama y lleva en lo más profundo de su ser.

-Ésta es la casa del «hermano» Duk. Y ésta, la del «hermano» Lanh. Aquí vive el «hermano» Nang. Ahí, el «hermano» Thiep. Allí...

El señor Linh le muestra a su amigo todas las casas de la aldea. También le presenta a los ancianos que encuentran delante de las puertas, calentando sus viejos huesos al sol. Los saluda inclinando la cabeza y juntando las manos. El hombre gordo sonrío. Le dice al señor Linh que hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.

Los cerdos se revuelcan en los baches de la polvorienta calle principal. Los perros se espulgan o se estiran bostezando. Las gallinas se disputan un poco de grano. A la sombra de un enorme banano varias veces centenario, unas ancianas trenzan esteras de bambú. A su lado, tres pequeños sentados en el suelo juegan con una pluma clavada en un corcho.

-Y ésta es mi casa.

El señor Linh sonríe a su amigo. Le indica la vivienda y lo invita a entrar. El hombre gordo empieza a subir la escalera, que cruje bajo sus pies.

-¿Seguro que aguantará? -pregunta.

-La construí yo -responde el señor Linh-. No tema, podría subirla un elefante.

Los dos hombres ríen.

Una vez dentro, el señor Linh lo invita a sentarse. La comida los espera. La ha preparado la nuera del señor Linh antes de marcharse al campo con su marido y su hija, la pequeña Sang Diu.

Los alimentos están servidos en platos y cuencas. Hay sopa de batata acuática y hierba limón, gambas al ajillo, cangrejos de mar rellenos, tallarines con verdura, cerdo en salsa agridulce, buñuelos de plátano y pasteles de arroz. Es un verdadero festín. Los platos esparcen por la casa sus deliciosos aromas a cilantro fresco, canela, jengibre, legumbres, sésamo... El señor Linh anima a su amigo a probarlo todo y, por su parte, se sirve generosas raciones y repite varias veces de cada plato. Hace

muchísimo tiempo que no disfrutaba tanto comiendo. Sirve a su amigo vasitos de aguardiente de arroz. Ambos beben y comen, y se sonríen. Por las ventanas se ven los arrozales y la luz del sol, que resplandece en el agua.

-¡En mi vida había comido tan bien! -exclama el hombre gordo-. ¡No se olvide de felicitar a la cocinera!

-Es verdad que cocina bien -dice el señor Linh-. Y además mi hijo la quiere, y ella lo quiere a él. Le ha dado una niña preciosa.

Su amigo se sujeta el estómago con las dos manos. Los platos y cuencas están vacíos y los dos amigos, llenos.

-Fume, por favor -le dice el señor Linh-. Me gusta el aroma de sus cigarrillos.

El hombre gordo saca el paquete del bolsillo, le da un golpecito en la parte inferior con un dedo amarillento y se lo ofrece al anfitrión, que sonríe y niega con la cabeza. Su amigo coge un cigarrillo, se lo lleva a los labios, lo enciende y da la primera calada con los ojos cerrados.

El día avanza. En la casa abierta, el calor parece una lenta caricia que aletarga los cuerpos. Los dos amigos contemplan el paisaje, se miran, intercambian unas palabras. Pasan las horas. El señor Linh señala las montañas, que forman una especie de anfiteatro y cuyas crestas parecen temblar ligeramente y desaparecer en el cielo. Pronuncia el nombre de cada una y cuenta la leyenda vinculada a ella. Algunas son espeluznantes.

Otras, en cambio, son fantásticas y jocosas. El hombre gordo lo escucha atentamente, fumando un cigarrillo tras otro.

Antes de que el ocaso empiece a arrojar sus leonadas sombras sobre la tierra, el señor Linh le dice:

-Ya ha vuelto el fresco. Salgamos a dar un paseo. Quiero enseñarle algo.

Ambos vuelven a la calle, luego a los arrozales y, por fin, al bosque. El roce de los élitros de los grillos, los chillidos de los monos y los cantos de los pájaros los preceden, los envuelven, los siguen... El señor Linh va delante, azotando con un tallo de bambú las punzantes hierbas que de vez en cuando se curvan sobre el sendero, y canta, canta la canción:

**La mañana siempre vuelve,
siempre vuelve con su luz,
siempre hay un nuevo día,
y un día serás madre tú.**

-Es una canción muy bonita -dice el hombre gordo-. Siempre me ha gustado oírse la cantar.

-Suelen entonarla las mujeres, pero, como sé que a la pequeña le gusta, se la canturreo al oído a todas horas, y veo cómo le brillan los ojos. Sé que le brillan incluso cuando duerme. Pero escuche esta otra canción -añade el señor Linh, y se lleva la mano al oído para invitar a su amigo a prestar atención.

En el bosque hay un sonido de agua cantarina, aunque desde allí no se ve ningún río, ni siquiera un arroyo. No obstante, lo que se oye es un sonido de agua, el sonido de un agua viva.

El señor Linh indica a su amigo que lo siga. Deja el sendero y se interna en la espesura. Los últimos rayos de sol siembran de monedas de oro la alfombra de musgo y, de pronto, en ese mosaico verde salpicado de fuego aparece una fuente. Nace entre dos piedras y su agua sigue cinco direcciones, como si dibujara la forma de una mano extendida con los cinco dedos separados, una mano abierta, una mano ofrecida. Los cinco hilillos de agua desaparecen en el suelo unos pasos más allá, tan milagrosamente como han surgido a la luz.

-Esta fuente no es una fuente normal-explica el señor Linh-. Se dice que su agua tiene el poder de hacer olvidar a quien la bebe, de hacerle olvidar las cosas malas. Cuando alguno de nosotros sabe que va a morir, viene a la fuente solo. Toda la aldea sabe adónde va, pero nadie lo acompaña. Tiene que recorrer el camino solo y arrodillarse aquí también solo. Bebe de esta agua y, en cuanto lo hace, su memoria se aligera: no conserva más que los momentos hermosos y las horas felices, todo lo agradable y dichoso. Los demás recuerdos, los que duelen, los que hieren, los que rajan el alma y la devoran, todos esos desaparecen, se diluyen en el agua como una gota de tinta en el océano. -Hace una pausa y su amigo asiente, se diría que rumiando las palabras que

acaba de escuchar-. Bueno -añade el señor Linh-, ahora ya sabe adónde tenemos que venir cuando sintamos acercarse la muerte.

-¡Para eso aún queda! -responde el otro riendo.

-Sí, tiene razón -dice el anciano, riendo también-.

Para eso aún queda.

Hace un día tan hermoso... El atardecer entrelaza todos los olores de la tierra.

Como empieza a hacerse tarde, los dos amigos se ponen en marcha hacia la gruta. Mientras caminan, el hombre gordo se fuma el último cigarrillo, cuyo aroma a menta se mezcla con el de los helechos y la corteza de los árboles. Llegan a la entrada de la gruta y se detienen. El hombre gordo vuelve a contemplar el paisaje.

-¡Qué buen día hemos pasado!

El señor Linh le sonrío y le da un abrazo.

-Se le va a hacer tarde. ¡Hasta pronto!

-Sí, hasta pronto, y gracias de nuevo, de verdad, gracias...

El hombre gordo entra en la gruta. El señor Linh lo sigue con la mirada. Ve desaparecer su cuerpo, devorado por la oscuridad, una mano que se agita despidiéndose y después nada.

El anciano cierra los ojos.

Despierta con la sensación de estar encadenado. Pero no, se equivoca, nada lo retiene, sus muñecas están libres y sus tobillos, también. Está en su habitación. ¿Y

Sang Diu? Se levanta de un brinco. Su corazón palpita, se detiene, vuelve a palpar. La pequeña está allí, acostada en el sillón. Se acerca, la coge en brazos, vuelve a acostarse con ella y la abraza con fuerza.

Poco a poco recupera la memoria. Vuelve a verse llegando a la gran verja. Vuelve a ver el rostro del hombre de la garita. Vuelve a ver a las dos mujeres y el hombre de blanco. Se acuerda del pinchazo, de la caída en la inconsciencia...

Tiene un tremendo dolor de cabeza y mucha sed. Una sed acucian te. Pero la sed no es lo único que lo acucia. También hay una pregunta: ¿dónde se encuentra? ¿Qué es ese sitio en el que está y del que no lo dejan salir? ¿Un hospital? ¿Pero si no está enfermo! ¿Una prisión? No ha cometido ningún delito. ¿Y cuánto hace que lo pincharon? ¿Unas horas? ¿Un día? ¿Un mes? ¿Quién ha cuidado a Sang Diu? ¿La han alimentado, bañado, acariciado?

La niña no parece inquieta ni agitada. Duerme apaciblemente. El señor Linh tiene los ojos muy abiertos y piensa en su amigo. Piensa en él con tristeza y esperanza. Vuelve a ver su sonrisa. Se dice que no será una verja lo que le impida reunirse con él, ni cien hombres ladrando, ni mil mujeres de blanco armadas de jeringuillas. Se dice eso y de pronto se siente fuerte, invulnerable a todo y ligero, cuando apenas unos instantes atrás su abatimiento no tenía límites.

A la mañana siguiente vuelve a ocupar su puesto

entre los demás internos. Vestido con su bata azul, camina lentamente por los pasillos, acude a sus horas al comedor, se sienta a su mesa, no da la menor muestra de precipitación, agitación, hambre voraz o abatimiento. Se da perfecta cuenta de que las mujeres de blanco lo observan con infatigable atención, vigilándolo disimuladamente. El anciano camina pegado a las paredes, devuelve las sonrisas, baja los ojos, se pasea por el parque sin violar las tácitas fronteras. A veces se sienta en un banco, acuna a su nietecita, le habla, le murmura al oído palabras cariñosas y contempla el mar, que agita sus olas y sus corrientes a lo lejos, a sus pies. Por la tarde, después de la cena, es el primero en regresar a su habitación, en acostarse, en apagar la luz apenas oye pasar a la mujer de blanco encargada del turno de noche.

Durante unos días se ciñe a la disciplina. Todo vuelve a la normalidad. Ya no se fijan en él. No es más que un viejo, una enjuta y frágil sombra entre cientos de enjutas y frágiles sombras envueltas en franela azul que van y vienen silenciosamente por los senderos del extenso parque.

Sang Diu no parece afectada por la nueva situación. Es una niña generosa. El anciano se dice que su nieta hace todo lo posible por no contrariado. Sólo tiene unos meses, pero ya sabe muchas cosas. Pronto será un chiquilla, luego una adolescente y después una joven. El tiempo pasa deprisa. La vida pasa deprisa y convierte los

tiernos capullos de loto en grandes flores abiertas a orillas de los lagos.

Él quiere ver florecer a su nieta. Quiere vivir para ver eso, y no le importa que vivir signifique vivir lejos de su país, vivir allí, en aquella mansión rodeada de muros. No, no quiere que sea allí. En aquel moridero. Quiere que Sang Diu se convierta en un hermoso loto, y quiere estar presente para admirarla, pero a la luz del día, al aire libre, no en un asilo, no en una prisión como aquélla. Su amigo podría ayudarlo. Sólo él puede ayudarlo. Se lo explicará, por señas. Y él lo comprenderá, seguro. Quiere volver a ver al hombre gordo, su amigo. Lo echa mucho de menos. Quiere oír su voz, su risa. Quiere percibir el aroma de los cigarrillos que fuma sin pausa. Quiere ver sus grandes manos maltratadas por el trabajo. Quiere sentir su presencia, su calor y su fuerza.

Es el tercer día de la primavera. Temprano, el señor Linh sale del comedor el primero después de tomarse el desayuno. Los demás internos aún están mojando pan en su té o café cuando él avanza a buen paso por el césped. Sabe que a esa hora de la mañana las mujeres y los hombres de blanco se reúnen en una pequeña sala contigua al comedor. También ellos toman té y café, charlan, bromean... A esa hora la vigilancia se relaja.

No se dirige hacia la verja, sino que se adentra en un bosquecillo que se ve desde la ventana de su

habitación. Sabe que en ese lugar el muro que rodea el parque es menos alto y que la rama de un árbol casi lo toca.

Camina deprisa. La niña, acurrucada contra su hombro, abre los ojos de vez en cuando como para preguntarle qué se trae entre manos. Ahí está el muro. No se había equivocado. No es demasiado alto. Le llega a la altura de la frente, porque la parte superior se ha desmoronado. ¿Y ahora qué? La rama que veía desde su ventana no le sirve. Está demasiado alta. No obstante, en el suelo ve un tronco seco erizado de ramas. Deposita a Sang Diu a un lado y arrastra el tronco para apoyarlo contra el muro. Lo utilizará como escalera de mano. Hace una prueba. Sí, funciona: ha llegado a lo alto con facilidad. Pero ¿cómo bajará al otro lado? ¿Con la niña en brazos?

Entonces se acuerda de las mujeres de su aldea y de cómo llevan a sus pequeños cuando van a trabajar a los arrozales o a recoger leña al bosque. Se quita la bata y coloca a la niña encima, después de asegurarse de que la fotografía y el saquito de tierra de su país no se caerán del bolsillo en que los ha metido. A continuación se anuda la bata alrededor del cuerpo, de tal modo que la niña queda apoyada contra su espalda. No puede caerse. El anciano trepa por la improvisada escalera. Al llegar a lo alto del muro, sube el tronco, recupera el aliento, echa un vistazo al parque y comprueba que nada se mueve y que nadie lo observa. Pasa el tronco al otro lado y lo

apoya contra el muro. Baja rápidamente y se encuentra en la acera de una calle desierta. Es libre. En total han sido unos minutos. Es libre y está en pijama, con una criatura en una bata atada a la espalda. Feliz, le falta poco para gritar de alegría. Con pasitos rápidos, se aleja de la mansión. Se siente como si tuviera veinte años.

El señor Linh avanza rápidamente y desciende hacia la ciudad. Ha vuelto a ponerse la bata y ha cogido a su nieta en brazos. Las calles del barrio que atraviesa están desiertas. Sólo se cruza con un hombre que ha sacado el perro a pasear y con los empleados de la limpieza, que barren los bordillos de las aceras sin levantar la cabeza ni prestarle atención.

Cuando considera que está lo bastante lejos de la mansión, se sienta en un banco, descansa un poco y luego le pone a Sang Diu el gracioso vestidito que le regaló el hombre gordo y que no ha olvidado traer consigo, plegado con esmero. Mira a su nieta. Está para comérsela. Se siente orgulloso de ser el abuelo de semejante preciosidad.

Desde la ventana de su habitación ha tenido tiempo de observar la ciudad, de intentar comprenderla, de estudiar el trazado de sus arterias, de deducir la situación del barrio en que estaba el edificio del dormitorio común, el café al que iba con su amigo, el banco donde se encontraban... Así pues, mientras camina está convencido de que va en la buena dirección y no tardará en encontrar todos esos sitios que tan familiares se le

habían hecho.

Piensa en la cara que pondrá su amigo cuando lo vea, porque no duda ni por un segundo que volverán a verse. La ciudad es grande, sí, inmensa, pero no frustrará ese reencuentro que hace sonreír al anciano cada vez que piensa en él.

Poco a poco, las casitas con jardín desaparecen. Ahora lo que hay son amplias avenidas flanqueadas de almacenes y naves industriales de colores apagados y metálicos, ante cuyas puertas aguardan grandes camiones. Al lado de los camiones, los conductores matan la espera charlando. Algunos ven pasar al señor Linh. Le silban. Parece que le hablan con sus vozarrones y ríen. El anciano los saluda con la cabeza y aprieta el paso.

Las avenidas son interminables. No se les ve el fin. Y continúan las hileras de misteriosas construcciones hacia las que se dirigen camiones y de las que salen camiones, en una coreografía ensordecedora y acompañada por los gases de los tubos de escape y los prolongados toques de claxon. Al señor Linh empieza a dolerle la cabeza. Temiendo que su nieta se asuste, le tapa los oídos con las manos. Pero, fiel a su buen carácter, la niña no se queja. Abre los ojos y los vuelve a cerrar. Está muy tranquila. No se inmuta por nada.

Ahora le duelen las piernas y los pies. No es de extrañar yendo en zapatillas. Y la bata le da demasiado

calor, porque el sol, cada vez más alto, empieza a pegar con fuerza. Por primera vez siente una pizca de inquietud, una duda. ¿Y si se ha equivocado de dirección? ¿Y si se ha perdido? Se detiene y mira en derredor. No le sirve de nada. A lo lejos no se ve gran cosa, aparte de las grúas que sobresalen de los tejados de grandes edificios sin ventanas y, por encima de esos penachos de acero, pájaros blancos que revolotean en apretadas bandadas.

Viendo todo eso, el anciano se acuerda del día gris de su llegada a aquel país, a aquella ciudad. Pese al calor, se estremece. De pronto, es como si sobre su piel cayera de nuevo la fina lluvia helada de aquella tarde, reciente y a la vez lejana. Las grúas se lo han recordado. Las grúas del puerto. Reflexiona, se detiene. Si el gran puerto está por allí, es que el pequeño puerto de los pescadores está más allá, y si está más allá, entonces el banco del hombre gordo sólo puede estar en esa dirección.

El señor Linh tuerce a la izquierda. Vuelve a animarse. Incluso ríe para sus adentros pensando en todos los hombres y mujeres de blanco que estarán buscándolo por la mansión, registrando todos los rincones del edificio, todos los escondrijos del parque. ¡Qué caras deben de tener!

Tan regocijado va que no ve un bache lleno de agua aceitosa. Mete todo el pie izquierdo. Pierde el equilibrio y está a punto de caer, pero lo evita dando un saltito.

Tiene el pie descalzo. La zapatilla se ha quedado en el charco, enganchada en la rejilla de un desagüe. Sujetando a la pequeña con una mano, intenta recuperarla con la otra. Está en el fondo del charco, bien enganchada. Tira. Consigue que ceda. Saca la mano del agua con una zapatilla desgarrada y chorreando agua pringosa. Inservible. Se queda consternado. La escurre lo mejor que puede y vuelve a ponérsela: los dedos le asoman fuera. Reanuda la marcha. Ahora avanza más despacio. Arrastra una pierna como si cojeara. Un hedor repugnante lo acompaña. No ha tenido cuidado con la manga de la bata, ni con los faldones, que se han empapado de agua inmunda mientras trataba de recuperar la zapatilla. De pronto, el sol le parece menos cómplice y el cansancio menos llevadero. Sang Diu no se ha enterado de nada. Duerme como una bendita, ajena a las tribulaciones de su abuelo.

Ya no está solo en la acera. Todavía no es la apresurada muchedumbre de la calle del banco, pero cada vez se encuentra con más hombres y mujeres, niños que van cogidos de la mano, que corren, que se empujan... También advierte que ha dejado atrás la zona de las naves industriales.

Ahora a su alrededor hay edificios no muy altos, en muchos casos con tiendas en la planta baja: ultramarinos, lavanderías, pescaderías... Grupos de jóvenes charlan en las esquinas. Pasan coches de policía con las sirenas encendidas. La gente lo mira, pero sin animosidad, más

bien con asombro. El anciano ve que algunos intercambian comentarios al verlo pasar. Comprende que no debe de tener muy buen aspecto, con la bata manchada y la zapatilla desgarrada. Baja la cabeza e intenta apretar el paso.

Vaga por ese barrio durante más de tres horas creyendo avanzar, cuando lo cierto es que vuelve una y otra vez al mismo cruce, por el que ya ha pasado cuatro veces. Los ruidos, la música que sale por las ventanas abiertas de los pisos o de los enormes aparatos de radio que algunos adolescentes llevan al hombro, el humo de los coches, el rugido de los motores, el olor a fritanga, a fruta podrida arrojada a la acera, lo aturden y hacen más pesada la caminata.

Ahora avanza muy lentamente. A fuerza de cojear y arrastrar la pierna, un dolor le traspasa la cadera. En sus brazos, Sang Diu pesa toneladas. El señor Linh tiene sed. Y hambre. Se detiene un instante, se apoya contra una farola y saca del bolsillo una bolsita de plástico en la que ha metido un trozo de bollo empapado en leche y agua. Intenta dárselo a la niña sin mancharle el vestidito. Él también lo mordisquea.

Pero, de pronto, de la floristería ante la que se ha detenido sale una mujer. Va directa hacia él. Parece la dueña. Empuña una escoba que blande con aire amenazador. Grita. Señala al señor Linh con la escoba. Pone a los transeúntes por testigos, les muestra el pie del

anciano, descalzo en la zapatilla rota, las malolientes manchas de su bata. Le hace gestos de que se largue, de que no quiere volver a verlo por allí. Le señala el final de la calle, la lejanía. Se ha formado un corro. El señor Linh se siente avergonzado. La mujer, animada por las risas de los mirones, se envalentona. Se pavonea. Parece una gorda gallina de Guinea arañando rabiosa la tierra del corral. El anciano se apresura a guardarse la bolsa de plástico y se marcha. La gente se ríe al verlo alejarse, arrastrando un pie como un animal herido. La mujer de la escoba aún le lanza unas palabras que le llueven como piedras. En cuanto a las risas, son como cuchillos, afilados cuchillos que encuentran su corazón y lo despedazan.

El señor Linh ya no ve el sol ni siente el primer calor de la primavera, tan delicado pese a todo. Camina como un autómatas, empleando sus menguadas fuerzas en estrechar a la niña y poner un pie delante del otro. Ya no se fija ni en las calles ni en las casas.

Sólo es un vagabundo asustado.

Pasan las horas. La tarde ya está muy avanzada. Lleva todo el día caminando, todo el día aferrándose a la esperanza de encontrar la calle, el banco, a su amigo en el banco. Sus ideas se vuelven confusas. Se dice que se ha equivocado yéndose de ese modo. Se dice que la ciudad es demasiado grande, un monstruo que va a devorarlo o hacer que se pierda. Se dice que nunca

encontrará nada, ni su país ni a su amigo ni el asilo del que ha huido. Se arrepiente. No porque esté agotado, desesperado o vencido. No, no piensa en sí mismo. Se arrepiente por su nieta. Le ha impuesto el cansancio, la marcha a trompicones, el polvo de las calles, el ruido, las burlas de la gente. ¿Qué clase de abuelo es? La vergüenza lo invade como un veneno.

Se apoya contra una pared. Lentamente, sin apenas darse cuenta, resbala hasta el suelo. Es como una caída que durara un segundo o bien una vida entera, una lenta caída lenta hacia la acera. Ya está en el pavimento, con la niña en el regazo. La cabeza del señor Linh está llena de cansancio, de sufrimiento, de desilusiones. Le pesa demasiado. Demasiadas derrotas y demasiadas huidas. ¿Qué es la vida sino un collar de heridas que cada hombre se cuelga del cuello? ¿De qué sirve ir de ese modo por los días, los meses, los años, cada vez más débil, cada vez más hundido? ¿Por qué ha de ser cada día más amargo que el anterior, que ya lo era bastante?

Las ideas se atropellan en su mente. Hasta el último momento no ve los pies de un hombre, muy cerca de él. Levanta la cabeza. El hombre es alto. Le habla, señala su pie descalzo, señala a la niña. Su expresión no es hostil. Vuelve a hablar. Por supuesto, el señor Linh no entiende nada. El hombre busca algo en un bolsillo de su chaqueta, se agacha y lo deposita en la mano derecha del anciano. Luego le cierra la mano con suavidad, se incorpora, hace un gesto con la cabeza y se va.

El señor Linh abre la mano y mira lo que el desconocido ha dejado en ella. Son tres monedas, tres monedas que brillan al sol. El hombre le ha dado limosna. Lo ha tomado por un mendigo. El anciano siente resbalar las lágrimas por sus reseca mejillas.

Después, mucho rato después, vuelve a ponerse en pie, vuelve a andar. Ya no piensa en nada, sólo en abrazar con sus escasas fuerzas a su nieta, que sigue allí, igual de tranquila, preciosa con su vestido de seda rosa. El señor Linh camina. Es un autómata que vacila, avanza lentamente, se tambalea y se deja arrastrar por la muchedumbre cada vez más apresurada y compacta que lo rodea y asfixia. Ya no ve nada, ya no oye nada. Camina mirando el suelo. Es como si sus ojos fueran de plomo y lo arrastraran a la contemplación de ese suelo que no es el de su país, que nunca será el suyo, sobre el que se ve obligado a avanzar como un condenado a marchas forzadas. Durante horas.

Todo se confunde. Los sitios, los días, las caras. El anciano vuelve a ver su aldea, los arrozales y su damero mate o resplandeciente, según las horas, las gavillas de arroz paddy, los mangos maduros, los ojos de su amigo el hombre gordo, sus fuertes y amarillentos dedos, las facciones de su hijo, el cráter de la bomba, los cuerpos destrozados, la aldea en llamas... Avanza. Tropieza con los años y con la gente, que corre no se sabe adónde, que no para de correr, como si lo propio del hombre fuera correr, correr hacia un gran precipicio sin detenerse

jamás.

De pronto, un fuerte golpe en el hombro lo saca del torbellino en que había empezado a girar sin remedio. Un joven con una caja de cartón en los brazos acaba de chocar con él. Lo mira apurado. Le habla, le pregunta si está bien. El anciano no ha soltado a la niña. Se la coloca bien. El joven espera unos instantes una respuesta que no llega y después se va.

El señor Linh se recupera y mira alrededor. Hay cientos de personas, hombres, mujeres, niños, familias enteras que cruzan, alegres, una verja abierta de par en par. Al otro lado de la verja, se ven grandes árboles, macizos, senderos, jaulas... Jaulas.

El corazón se le acelera. Jaulas. Con animales. Los ve. Leones. Monos. Osos. De pronto tiene la sensación de estar dentro de una imagen que ha contemplado a distancia muchas veces. ¡El parque! ¡Está ante la entrada del parque! ¡El parque de los caballitos de madera! Pero entonces, si el parque está ahí, enfrente, enfrente... ¡Claro que sí! Allí, al otro lado de la calle por la que pasan centenares de coches, está el banco. Y en el banco, como una aparición, como una aparición maciza, sólida, sumamente real, está el hombre gordo, su amigo. Su amigo, esperándolo.

El señor Linh se olvida de todo. De su enorme cansancio, de su pie descalzo, de su bata sucia y maloliente, de la inmensa desesperación que lo

abrumaba unos segundos antes... El sol nunca ha brillado tanto. El cielo nunca ha sido tan puro al acercarse el atardecer. El anciano no experimenta una alegría tan intensa desde hace mucho tiempo.

Avanza temblando hacia la calle y grita. Grita las únicas palabras que conoce del idioma del país. Las grita con fuerza, para que vuelen por encima de los coches, para que se impongan al ruido de la calle.

-¡Buenos días! ¡Buenos días! -le grita a su amigo, que sigue sentado en el banco a menos de cien metros de distancia-. ¡Buenos días! -le grita como si su vida ya sólo dependiera de esas dos palabras.

El señor Bark arroja el cigarrillo mentolado al suelo y lo aplasta con el tacón. Se siente cansado. Cansado e inútil. Lleva días y días viniendo al banco. Se pasa la tarde entera sentado allí, solo, durante toda la semana, y ahora también los domingos. El señor Taolai no ha vuelto a aparecer y el señor Bark no para de pensar en él. Lo apreciaba. Apreciaba su sonrisa, sus atenciones, su respetuoso silencio, la canción que murmuraba, y también sus gestos. Era su amigo. Se entendían sin necesidad de largos discursos.

El señor Bark ha intentado averiguar qué ha podido pasarle. Al cabo de unos días, cuando comprendió que el anciano no volvería a acudir a la cita, fue al edificio al que tantas veces lo había acompañado. El portero le dijo que, efectivamente, en el primer piso había un

dormitorio común para refugiados, pero que ya lo habían cerrado. Habían vendido el piso e iban a poner una compañía de seguros, una agencia de publicidad o algo por el estilo.

El señor Bark le describió a su amigo.

-Sí -dijo el portero-. Sé a quién se refiere. No era mala persona. Un poco solitario, eso sí, pero mala persona no. Alguna vez intenté hablar con él, pero el pobre no entendía ni palabra. Los demás se burlaban de él. Pero, como le digo, ya no está. Se lo llevaron unas mujeres.

En la oficina para los refugiados, a la que se dirigió a continuación, le dijeron, tras consultar una larga lista, que no tenían registrado a nadie que se llamara Taolai. El señor Bark se marchó desalentado.

Es tarde. Tendrá que irse. No le gusta volver a casa. A decir verdad, ya no le gusta casi nada, aparte de fumar, porque eso le recuerda al amigo que ha perdido. Así que saca el paquete de cigarrillos, le propina un golpecito en la parte inferior, coge uno, se lo lleva a los labios, cierra los ojos y da la primera calada.

Y de pronto, mientras el humo perfumado de menta penetra en sus pulmones, mientras contempla la oscuridad con los párpados cerrados, oye una voz lejana, tan lejana como si viniera del más allá, una voz que grita: «¡Buenos días! ¡Buenos días!» El señor Bark se estremece. Abre los ojos. ¡Es la voz de su amigo! ¡La ha reconocido!

-¡Buenos días! ¡Buenos días! -repite la voz.

El señor Bark se ha puesto en pie. Se agita como un poseso, mira a diestro y siniestro intentando descubrir de dónde procede la voz, que se oye cada vez más fuerte, cada vez más cerca, pese a las innumerables bocinas que rugen como si quisieran ahogada. El señor Bark tiene el corazón en un puño. ¡Ahí está! Al otro lado de la calle, muy cerca, a treinta, a veinte metros quizá, el señor Taolai, vestido con una extraña bata azul, avanza hacia él mirándolo, con una mano tendida y el apergaminado rostro iluminado por una sonrisa.

-¡Buenos días! ¡Buenos días!

El anciano sigue avanzando. El señor Bark se acerca al bordillo de la acera. Está tan contento...

-¡Quédese ahí, no se mueva, cuidado con los coches! -le grita, porque en su alegría y su cansancio el anciano se ha olvidado de la calle, del tráfico, de las motos, los coches y los autobuses que pasan rozándolo, frenan, lo evitan en el último momento...

El anciano avanza radiante, como si lo hiciera sobre una nube o la superficie de un lago. Ve que su amigo el hombre gordo se acerca a él. Lo ve con toda claridad. Oye su voz dándole los buenos días. Mira a su nieta y le dice exultante:

-¿No te había dicho que acabaríamos encontrándolo?

¡Pues ahí lo tienes! ¡Qué alegría!

El señor Bark grita y grita, pero su amigo no parece

oírlo. Sigue avanzando. Sonríe. Ahora los dos hombres están a unos diez metros de distancia. Pueden percibir con nitidez el rostro del otro, la alegría del reencuentro en sus ojos.

Pero de repente, como en una película a cámara lenta que no acabara nunca, el señor Linh advierte que las facciones de su amigo cambian, se congelan. Su boca se abre. Lo ve gritar pero no oye su grito, porque en ese preciso instante un ruido espantoso cubre todos los demás. El anciano se vuelve y ve el coche que se abalanza hacia él, medio derrapando con un agudo chirrido de frenos, y al conductor con el rostro crispado y las manos aferradas al volante. El anciano lee el miedo en sus ojos, mezclado con una terrible impotencia. Instintivamente protege lo mejor que puede a su nieta, la rodea con sus brazos, la cubre con su cuerpo como lo haría una armadura, y espera, espera...

Mas la espera no acaba: el grito mudo de su amigo el hombre gordo, al que mira de nuevo sonriendo, la inevitable colisión con el coche lanzado hacia él a toda velocidad, las facciones del conductor desencajadas por el miedo... El tiempo se estira. El señor Linh no tiene miedo, ya no está asustado, ha vuelto a ver a su amigo, es primavera, sólo piensa en proteger a su nieta y le murmura las primeras palabras de la canción, ya tiene el coche casi encima, la niña abre los ojos y lo mira, el anciano le besa la frente y, de pronto, acuden a su mente todos los rostros amados, y a su memoria el olor de la

tierra de su país, y el del agua, el del bosque, el del cielo y el del fuego, el olor de los animales, de las flores y los cuerpos, todos los olores juntos, por fin, en el instante en que el coche lo atropella lanzándolo a varios metros de distancia. El anciano, que no siente ningún dolor, logra ovillarse alrededor del cuerpecito de Sang Diu antes de golpearse la cabeza contra el suelo secamente. Y de pronto es de noche.

Un frío brutal inunda por completo al señor Bark. Se queda paralizado unos segundos, durante los cuales vuelve a ver el accidente, la sonrisa del señor Taolai, el coche abalanzándose hacia él, golpeándolo con violencia pese al frenazo, el impacto, el anciano volando por los aires y aterrizando pesadamente en el suelo con un ruido de madera partida.

El señor Bark tiembla. los curiosos se arremolinan alrededor del cuerpo. El conductor permanece en el coche, anonadado. El señor Bark echa a correr, aparta a los mirones, se abre paso entre la gente con gestos exasperados... Llega junto a su amigo. El anciano está tumbado sobre un costado, encogido. La bata azul, extendida a ambos lados de su cuerpo, parece la corola de una enorme flor. Junto a ella, un saquito de tela desgarrado ha derramado sobre el asfalto una tierra oscura y porosa. También hay una fotografía, sin duda caída de un bolsillo, que el señor Bark reconoce.

Cae de rodillas y recoge la fotografía. Le gustaría

coger a su amigo en brazos, hablarle, decide que aguante, que la ambulancia está en camino, que se lo llevarán, lo cuidarán, lo curarán, que pronto podrán reanudar sus paseos, ir a restaurantes, a la orilla del mar, al campo, que jamás se separarán, lo jura.

Los ojos del señor Taolai están cerrados. De una herida invisible en la parte posterior del cráneo le mana un poco de sangre, que sigue la pendiente de la calzada como un vacilante arroyo y acaba separándose en cinco hilillos distintos: parece el esbozo de una mano con sus cinco dedos. El señor Bark contempla esa mano que fluye y dibuja la vida de su amigo, la vida que abandona su cuerpo. Curiosamente, ver el dibujo que traza la sangre del señor Taolai sobre el asfalto le recuerda vagamente un sueño que tuvo unas noches antes, un sueño que trataba de un bosque, de una fuente, de un atardecer, de agua fresca y olvido.

Posa la mano en el hombro del anciano, como tantas veces antes, y se queda así un largo momento.

Muy largo. Nadie se atreve a molestarlo. Luego se levanta lentamente. Los curiosos lo miran intrigados. Retroceden. Y cuando uno de ellos se aparta como lo haría ante algo muy bello y luminoso, el señor Bark ve a sus pies a Sandiú, la preciosa muñequita de la que su amigo el señor Taolai jamás se separaba y a la que dedicaba todo su tiempo y todas sus atenciones, como si se tratara de una niña de carne y hueso. Se le encoge el corazón al contemplar la muñeca de hermoso cabello

negro. Lleva el vestido que le había regalado a su amigo para ella y tiene los ojos muy abiertos. No se ha hecho nada. Ni un rasguño. Sólo parece un poco asombrada y expectante.

El hombre gordo se agacha y la recoge con cuidado.

-Sandiú -le murmura al oído sonriendo, pese a que las lágrimas empiezan a nublarle los ojos. Luego se acerca a su amigo, se arrodilla de nuevo y le coloca la muñeca en el pecho. La sangre ha dejado de manar. El señor Bark cierra los ojos. De pronto siente un inmenso cansancio, un cansancio como no ha sentido jamás. Mantiene los ojos cerrados. No tiene ganas de volver a abrirlos. Qué dulce es la noche, la noche de la mirada... Qué bien se está. Ojalá durara. Ojalá no acabara.

-Sang Diu... Sang Diu...

El señor Bark sigue con los ojos cerrados.

-Sang Diu... Sang Diu...

Oye la voz perfectamente, pero se dice que es un sueño. Y no quiere que acabe.

-Sang Diu... Sang Diu...

La voz no calla. Al contrario, se hace más fuerte. Incluso suena dichosa. El señor Bark abre los ojos. Junto a él, el anciano lo mira y sonrío. Rodea con los brazos a Sang Diu, le acaricia el pelo con una mano mientras tiende la otra ansiosamente hacia su amigo. Trata de levantar la cabeza.

-¡No se mueva, señor Taolai! ¡Sobre todo, no se

mueva! -exclama el señor Bark, y suelta una gran carcajada, una carcajada tan grande como él, una carcajada interminable-. ¡La ambulancia llegará enseguida, no se mueva!

El anciano ha comprendido. Vuelve a posar la cabeza en el asfalto suavemente. El hombre gordo le coge la mano. El calor que le llega a través de ella es maravilloso. Al señor Bark le dan ganas de abrazar a todo el mundo, a todos aquellos desconocidos con los que unos momentos antes se habría liado a puñetazos. Su amigo está vivo. ¡Vivo! Sí, se dice, puede que la vida sea también esto. De vez en cuando un milagro, oro y risas, y de nuevo la esperanza cuando crees que a tu alrededor todo es destrucción y silencio.

Cae la tarde. El cielo tiene un tono lechoso oscuro y acarician te. El señor Linh siente el liviano peso de Sang Diu sobre su pecho y tiene la sensación de que le trasmite sus jóvenes fuerzas. Se siente renacer. No será un maldito coche lo que acabe con él. Ha sobrevivido al hambre y la guerra. Ha cruzado los mares. Es invencible. Posa los labios en la frente de la pequeña. Ha encontrado a su amigo. Le sonrío. Le dice buenos días varias veces. El señor Bark le responde «¡Buenos días! ¡Buenos días!», y esas palabras repetidas se convierten en una especie de canción interpretada a dúo.

Llegan los enfermeros, se abren paso hasta el accidentado y lo colocan en la camilla con extremo cuidado. El anciano no parece sentir dolor. Los

camilleros se lo llevan a la ambulancia. El señor Bark le coge la mano sin dejar de hablarle. Es el comienzo de una primavera muy hermosa. Los primeros días. El anciano mira a su amigo y le sonrío. Estrecha la hermosa muñeca entre sus delgados brazos, la estrecha como si su vida dependiera de ello, la estrecha como estrecharía a su nieta, silenciosa, tranquila y eterna, una hija del alba y de oriente.

Su única nieta.

La nieta del señor Linh.

**This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
14/03/2009**